BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

COCOS DE LA HABANA



COLECCION
LA HUELLA

eb

LOU CARRIGAN

COCOS
DE LA HABANA

Colección LA HUELLA n.° 116
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 46.674 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: enero, 1977

Cubierta: Salvador Fabà

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRELUDIO

Joe Simms entró precipitadamente en la pequeña cabaña que tenía cerca del mar, a muy poca distancia de la rampa de botes pintada de blanco. Lo primero que hizo fue tirar sobre una vieja silla de palma su gorra de patrón de lancha.

Inmediatamente después, descolgaba el teléfono, obtenía comunicación con la central y pedía:

—Necesito comunicación urgente con Tampa, señorita. Con el señor Norval Makely. Su teléfono es el BO
2428 De
Tampa, claro. ¿El mío? Ap 244… Sí, eso es. Urgente, por favor. Muchas gracias.

Colgó, encendió un cigarrillo y se quedó mirando a su alrededor como si el interior de su cabaña fuese desconocido para él. Se quitó el chaquetón azul con cuello blanco y se pasó una mano por la barba. No se había afeitado en dos días, y eso no estaba bien. Además, le picaba la barba. Y siguiendo esta sencilla asociación de ideas, llegó a la conclusión de que, mientras esperaba la conferencia, podía afeitarse.

No pudo ser.

Todavía no había dado un par de pasos hacia el pequeño lavabo cuando sonó la llamada a la puerta. Joe Simms frunció el ceño, pero fue a abrir… Y por cierto que valió la pena. Ante él quedó una espléndida muchacha rubia con minifalda, zapatitos de gruesa y cómoda suela de corcho y un blanco jersey escotadísimo y sin mangas, que ponía en auténtico relieve las sugestivas formas femeninas.

—Buenos días, señor Simms. ¿Puedo pasar?

—¿Qué desea?

—Hablar con usted.
—No la conozco.
—Eso no va a importar en absoluto, señor Simms.
—Mire… Acabo de llegar de dos días de pesca, señorita… No tengo ganas de conversación, ni me gustan los jaleos. Ya los tuve una vez, y le aseguro que no me quedaron ganas.
—La conversación es importante, señor Simms.
—Oiga, son las diez de la mañana… No he dormido casi nada esta noche, tengo que afeitarme… ¿Por qué no vuelve por la tarde? Estaré más descansado y la atenderé como se merece.
La preciosa rubia frunció graciosamente el ceño. Y de pronto apartó suavemente a Simms y entró en la cabaña. Simms quedó junto a la puerta, pero la muchacha la cerró.
Abrió su bolsito de paja y sacó un fajo de billetes.
—Diez mil dólares, señor Simms. Son para usted.
—No me interesan.
—Oh, vamos, usted no está bien de la cabeza, señor Simms… Le estoy regalando nada menos que diez mil dólares.
—Nadie regala nada. ¿Qué quiere a cambio?
—Un nombre. Solamente el nombre de la persona a la que van destinados los cocos de La Habana.
—Todo lo que puedo decirle es que el hombre que alquiló la lancha a la señorita Haddam se llama John Regan, y que hemos estado dos días pescando en alta mar. Yo soy empleado de la señorita Haddam, de modo que mi única obligación consiste en conducir la lancha que alquile cualquiera. Eso es todo.
—No es suficiente, señor Simms. Respecto al caballero llamado John Regan, no nos interesa demasiado. Ya se están ocupando de él… Lo que queremos saber, es quién paga a John Regan para que venga a pescar y luego le lleve los cocos de La Habana.
—¿Quién es usted? —entornó los ojos Joe Simms.
—Mi nombre es Margaret Larsen.
—Bien… Pues escuche, señorita Larsen: no tengo ni idea de lo que se está tramando con este asunto de los cocos de La Habana, y le juro que no siento el menor interés por mezclarme en ese tinglado. Ya tuve dificultades una vez con el FBI, y no me quedaron ganas de reincidir. No quiero saber nada de nada.
—Sólo tiene que decirme un nombre, señor Simms.

—Desconozco ese nombre. Pero el señor John Regan sí debe saber quién le envía a recoger los cocos de La Habana, y quién le paga… ¿Por qué, entonces, no le pregunta usted al señor Regan?

La rubia sonrió fríamente.

—Parece que usted no quiere colaborar, señor Simms.

—Si usted quiere interpretarlo así, de acuerdo. Pero yo insisto en que, actualmente, mi más grande objetivo en la vida es no meterme en más líos. Precisamente para evitarlos, he hecho una llamada telefónica cuya respuesta espero de un momento a otro. —Veinte mil, señor Simms.

El teléfono sonó en aquel momento. Joe Simms miró el aparato, miró a Margaret Larsen… y abrió la puerta de la cabaña.

—Buenos días, señorita Larsen.

—Podríamos llegar…

—Cierre la puerta al salir, por favor.

La despedida era poco menos que grosera, pero clarísima. Joe Simms dio media vuelta y fue hacia el teléfono. Cuando se volvió, con el auricular en la mano, la puerta se veía cerrada, y la rubia había desaparecido.

—¿Hola…? Sí, sí… ¿Señor Makely? Soy Simms… Joe Simms… ¿Me recuerda?

—¡…!

—Veo que sí… Usted ya sabe dónde estoy ahora, ¿no es cierto? En Apalachicola (Florida). Tengo una cabaña cerca de la Boat Ramp 2. Es una choza casi inmunda, pero me las arreglo bien aquí, y hasta parece bonita cuando la ordeno y limpio… Quiero decir con esto, señor Makely, que vivo muy discretamente, sin buscarme jaleos.

—…

—Sí, ya sé que es lo mejor. Pero a veces son los jaleos los que lo buscan a uno… Mire, señor Makely, yo recuerdo muy bien cuando usted me detuvo por aquel pequeño asuntillo del contrabando de armas para Cuba hace años. Ya salí de la prisión, y he comprendido que no debo insistir en complicarme la vida, porque el FBI no perdona… Oh, bueno, supongo que usted continúa en el FBI, señor Makely. —¡…!

—Sí… Naturalmente, claro, entiendo. Bueno, mire, yo estoy ahora empleado con una mujer que tiene un par de lanchas de

buena envergadura, y se dedica a alquilarlas. Nos tiene contratados a otro patrón y a mí, y salimos de pesca con mucha frecuencia, llevando clientes que quieren pasar un día o varios en alta mar, sacando buenas piezas: pez espada, barracudas, incluso tiburones… Bueno, esa chica es una rubia estupenda y muy simpática; se llama Loretta Haddam. Ella es siempre muy amable y generosa con Morton y conmigo…

—¿…?

—Oh, Morton es mi compañero. Yo llevo la lancha *The Fisher*, y él lleva la *Mariposa*. Como le decía, la rubia y simpática señorita Haddam nos trata estupendamente, de modo que vivimos tranquilos y felices. Pero ahora ha salido este asunto de los cocos de La Habana…

—¿…?

—Sí. Ha oído usted bien: cocos de La Habana. Vea lo que ha sucedido ya en tres ocasiones… Cuando vamos por alta mar, encontramos a una lancha cubana, cuyos ocupantes también se dedican a la pesca. Son unos muchachos alegres y muy sociables, y siempre que nos vemos nos damos la borda… Quiero decir que nos ponemos juntos y charlamos… Pero ya en tres ocasiones, exactamente cada quince días, un tipo llamado John Regan se ha dedicado a cambiar con ellos cocos por pescado.

—¿…?

—Cocos por pescado, sí, señor. El señor John Regan ha alquilado ya tres veces la lancha, a intervalos, como le digo, de quince días. Entonces, nos hacemos a la mar. Y las tres veces hemos encontrado a la misma lancha con los mismos chicos cubanos, que parecen tener muy mala suerte en la pesca. Entonces, bromeando, John Regan les cambia algunos pescados por riquísimos y fresquísimos cocos de La Habana que esos muchachos cubanos llevan en la lancha.

—¿…?

—¿Luego? Pues nada más. Volvemos a tierra, desembarcamos, el señor Regan se lleva los cocos, y eso es todo…

—¿…?

—Ah, sí… La lancha de los cubanos se llama *Olas Rojas*. Pero no creo que eso tenga significado ni importancia de ninguna clase. Lo que sí tiene importancia es lo que me ha ocurrido hace unos

minutos: la rubia me ha ofrecido veinte mil dólares por…

Joe Simms se volvió, de pronto, sobresaltado, con la fortísima impresión de no estar solo en la cabaña. Y así era, en efecto. Ante él estaba la rubia llamada Margaret Larsen, rígido el rostro, fría la expresión… En su mano derecha tenía uno de sus cómodos zapatitos de suela de corcho gruesa. Y por la punta del pequeño zapato, por entre el corcho, sobresalía un agudo estilete de hoja triangular, de cinco pulgadas de largo.

Fue lo último que Joe Simms vio en su vida.

De pronto, la rubia lanzó la primera puñalada al vientre de Simms, que se encogió y soltó el teléfono, que quedó oscilando. Simms quedó encogido, lívido, demudado el rostro, alzando los ojos hacia la hermosa rubia, que lanzaba el zapato por el centro. El acero se hundió de nuevo en el cuerpo de Joe Simms, ahora justo sobre el corazón, con golpe seco y blando… Y Joe Simms efectuó su último cortísimo trayecto, cayendo de bruces al suelo, muerto.

—¡Simms! —Se oía en el teléfono una voz recia—. ¡Joe Simms!

La rubia escondió la triangular hoja de acero en el zapatito, se puso éste y sacó un pañuelo para la cabeza, de su bolsito. Con él envolviendo su mano, tomó el auricular y lo colocó en el soporte, cortando la comunicación.

Luego, dio la vuelta al cadáver de Joe Simms, con un pie; se acuclilló junto a él y puso una manita en la garganta, hasta convencerse de que aquel cuerpo ya no tenía latidos. Se incorporó, se quitó la peluca rubia y la guardó en el bolsito, con el pañuelo. Agitó su cabeza, sacudiendo los rojos cabellos, y se dirigió hacia la puerta de la cabaña.

Quizá Joe Simms hubiese preferido los veinte mil dólares.

Capítulo primero

El inspector Gruson alzó la cabeza, dirigiendo la mirada hacia la puerta de su despacho.

—¡Hombre…! —sonrió inmediatamente—. Nada menos que Norval Makely, mi agente especial preferido. ¿Ya está bien? ¿Se cerró del lodo la herida y vienes dispuesto a trabajar?

Norval Makely quedó ante su jefe, apoyando sus grandes manazas tostadas por el sol en el borde de la mesa. Unas manazas ciertamente proporcionadas a su gigantesca estatura de casi seis pies y cuatro pulgadas. Cabellos cobrizos y rebeldes, ojos grises, mentón agresivo, boca delgada y hosca como un cepo…

—Necesito un helicóptero, señor.

—¿Un qué?

—Un helicóptero. Ahora mismo.

—Oye, oye, que no estás en activo. La herida que recibiste…

—Estoy ya casi bien, señor. El lunes hubiese venido a trabajar, de todas formas. Pero lo adelantaremos cuatro días… Quiero decir con esto que debe considerarme en activo a partir de este mismo momento. Necesito un helicóptero.

—¿Para qué? ¿Qué ocurre, Norval?

—No lo sé bien… Joe Simms me llamó, desde Apalachicola. ¿Lo recuerda?

—Sí… ¿No es aquel marino que hace años hacía tráfico de armas a Cuba, y que al salir de la cárcel no hace ni medio año vino a verte diciendo que te estaba agradecido…?

—Así es, señor. Joe Simms me admiraba, acabó sintiendo gran aprecio por mí. Parece que se interesó por mi dirección particular, ya que me ha llamado a mi casa desde Apalachicola.

—¿Sabía que estabas herido?

—No creo… Pero primero me llamó allí, y supongo que si yo no hubiese estado en casa, me habría llamado aquí, a la delegación.

—Bien… ¿Qué quería Joe Simms de ti?

—Dijo que él ya rió quería líos con la ley, pero que parecía que los líos le buscaban a él. Habló de cocos de La Habana, y de unos pescadores…

—¿Cocos de La Habana?

—Sí, señor. Parece que un cliente llamado John Regan había salido ya tres veces de pesca con él, a intervalos de quince días. Y en los tres viajes se encontraban con una lancha cubana llamada *Olas Rojas*. Los ocupantes de la lancha cubana no pescaban casi nada, y John Regan, que sí tenía suerte con la caña, les cambiaba buenas piezas del mar por cocos de La Habana. Luego, volvían a tierra, y…

Norval Makely contó a Gruson lo que Joe Simms le había dicho por teléfono. Cuando terminó, el inspector-jefe del FBI se estaba rascando la coronilla, pensativamente.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—Me pareció oír un gemido, señor… Un gemido de dolor, de angustia. Luego, la comunicación se cortó. Lo último que Simms dijo fue que la rubia le había ofrecido veinte mil dólares por…

—¿Por…?

—Eso fue todo, señor.

¿A qué rubia se refería?

—Supongo que a la dueña de las dos lanchas, esa chica llamada Loretta Haddam. Ella los tenía contratados a él y a un tal Morton Barnes, que era el patrón de la *Mariposa*.

—¿Y por qué había de ofrecerles esa señorita Haddam veinte mil dólares a sus empleados? ¿O quizá sólo se los ofreció a Simms?

—No lo sé.

—Qué cosa tan absurda… Cocos de La Habana… ¿No crees que Joe Simms puede haber sufrido una insolación? De un modo u otro, no veo qué hay de malo en que alguien cambie cocos con pescadores cubanos. Los cocos de La Habana tienen una merecida fama, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, señor. Son riquísimos. ¿Puedo disponer del helicóptero?

—Si realmente te encuentras fuerte otra vez, sí.

CAPÍTULO II

El helicóptero tomó tierra en la playa, en las afueras de Apalachicola, bastante lejos de la Boat Ramp 2, y, por tanto, de la vieja cabaña de Joe Simms. Pero una corta caminata de apenas cinco minutos llevó al
G-man
Norval Makely hasta la pequeña construcción a orillas del mar. Era exactamente el mediodía, y el sol lanzaba flechazos de húmedo calor poco menos que mareante. A la derecha suya, cuando se detuvo ante la puerta de la cabaña, Makely vio la Boat Ramp 2, y algunas lanchas en el varadero superior de tierra firme. Eso fue todo. Ni una sola persona a la vista. Los únicos seres vivientes a la vista fueron tres gaviotas muy blancas, que volaban lentamente, como si estuviesen dormidas en el aire.

Makely golpeó la puerta con los nudillos una sola vez. Una sola vez, porque al ir a hacerlo la segunda, el
G-man
acabó de abrirla, sin molestarse ni siquiera en acercar la mano a la pistola… ¿Para qué? Después del crimen, el criminal acostumbra huir, no se queda esperando nada menos que a un agente del FBI.

En seguida vio a Joe Simms, tendido de cara al techo. Encima de él, el polvoriento teléfono de pared… con el auricular en su soporte.

Norval Makely no necesitó ni siquiera cinco segundos para comprender lo ocurrido.

Simms está hablando con él, alguien entra y lo mata. Así de simple.

A puñaladas.

Arrodillado junto al cadáver, el
G-man

miró a su alrededor, como si tuviese la esperanza de encontrar alguna pista. Una esperanza muy remota, que muy pronto abandonó. Por fin, ya en pie, se quedó mirando el auricular del teléfono. Se acercó y le echó el aliento, con fuerza… Pudo ver algunas huellas digitales, ciertamente… Pero también vio la zona sospechosamente carente de huellas. Lo cual quería decir que quien había colgado el auricular había utilizado guantes, o, más probablemente, ya que los guantes no encajaban con el clima, un pañuelo o algo parecido.

Cinco minutos más tarde estaba de nuevo en el helicóptero. No había querido tocar el teléfono, de todos modos, lo cual era elemental. Así que tuvo que recurrir a la radio para llamar a la delegación del FBI en Tampa.

—Quiero hablar por el radioteléfono central con el inspector Gruson —dijo.

—¿Eres tú, Norval? —le preguntaron.

—Sí… Hola, Charles. Oye, ponme en seguida con…

—El jefe no está. Se fue a alta mar con un hidroavión.

—¿Ha ocurrido algo?

—Parece que los guardacostas del cinturón final llamaron a la delegación. El asunto nos corresponde, por el hecho de que en alta mar han encontrado dos cadáveres.

—Vaya… ¿Cómo ha sido eso?

—Ignoro los detalles. Bueno, el jefe me dejó un recado para ti. Dijo que si llamabas o venías a Tampa, te enviáramos a ese lugar de alta mar.

—Pero tengo otro asunto entre manos…

—El jefe dijo que lo dejases todo, de momento, y fueses allá. Te daré la situación, la tengo apuntada. Veamos… ¿Atiendes?

—Dime.

—Longitud: ochenta y tres grados, veintidós décimas, treinta centésimas… Longitud Oeste, naturalmente. Latitud Norte, también naturalmente: veintisiete grados, cuarenta y cinco décimas. Todo esto es aproximado, no matemáticamente exacto. El jefe dice que ya verás el hidroavión, la lancha guardacostas y la otra… Estás en un helicóptero, ¿no es así? —Sí. Bueno, allá voy. Hasta luego, Charles.

—Feliz viaje.

CAPÍTULO III

Si no feliz, al menos el viaje fue tranquilo y sin complicaciones de ninguna clase. Y, en efecto, en la posición geográfica indicada por su compañero, Norval Makely divisó la lancha guardacostas, el hidroavión y otra lancha más pequeña, destacando los tres vehículos sobre el azul intenso del mar.

Tampoco tuvo dificultad ninguna para localizar la onda de radio de los guardacostas, conocida por todos los navegantes del golfo de México.

—Soy Norval Makely, del FBI —dijo—. Preciso hablar con el inspector Gruson.

—El vendrá en seguida. Lo está esperando, señor Makely.

Descendió más, y pudo incluso ver a Gruson saltando de la pequeña lancha a la de la U.
S. Coast
Guard. Segundos después oía su voz por la radio:

—¿Norval? Escucha bien mis instrucciones: vas a descender sobre la lancha guardacostas, hasta que Neilan pueda colgarse de tu helicóptero y subir a él. Te relevará en los mandos, y tú saltarás a la lancha pequeña, donde yo te estaré esperando. ¿Crees que estás en condiciones de hacerlo?

—Sí, señor, desde luego.

—Pues te espero en la lancha pequeña.

Eso fue todo. Makely descendió sobre la lancha guardacostas, donde su compañero Neilan Combs le hacía señas, llamando su atención. No fue difícil el cambio de piloto. Combs era un muchacho agilísimo, que se encaramó al helicóptero como quien se sube al taburete de un bar. Se hizo cargo de los mandos, desvió el aparato hasta volar por encima de la lancha pequeña, y señaló hacia

abajo.

—Sólo hay un par de yardas, Norval.

Makely se colgó por la abertura de la inexistente portezuela, en una lenta flexión en «media plancha»; luego quedó colgando, y sus pies casi tocaron la cubierta. Se soltó… y quedó poco menos que en brazos del inspector Gruson, que le sonrió afectuosamente.

—No dirás que careces de suerte, Norval.

—¿Tengo suerte, señor? ¿Por qué?

—Hombre… Acabas de cicatrizar, como quien dice, y ya tienes en las manos otro buen caso. Vamos adentro.

Norval saludó con la mano a otro
G-man,
que permanecía en la cubierta, y entró por la pequeña portezuela que llevaba a la cámara de la lancha, dividida en dos zonas. Una diminuta cocina y la cámara en sí, con cuatro literas abatibles. Allá había otro
G-man,
que saludó en silencio a Makely, y el joven teniente de la lancha guardacostas… En el piso se veían dos bultos alargados, cubiertos por unas lonas. El inspector Gruson Señaló el más cercano, y Makely no precisó más indicaciones.

Alzó la lona, y se quedó mirando aquel rostro barbudo y torvo, con los oíos abiertos todavía, brillantes como bolitas de cristal. Todo el rostro estaba crispado en una mueca de espanto y furia. Bajando más la lona, vio los dos impactos de bala en el pecho, tan cerca del corazón que era probable que lo hubiesen tocado ambos plomos. Aquel hombre torvo y barbudo tenía todo el aspecto de un marino profesional, de navegación sin excesivas responsabilidades. Más o menos, como Joe Simms.

Supongo que éste es quien atacó al otro, señor.

—¿Por qué lo dices? —musitó Gruson.

Norval señaló el pequeño garfio de hierro que había muy cerca de la mano derecha del hombre, manchado de sangre.

—Si el que tenía la pistola hubiese disparado antes, éste no habría podido matarlo con el garfio.

—Ajá… Así lo creo yo.

Norval fue a examinar al otro. Tras alzar la lona, vio las heridas en su cuello, producidas sin duda alguna por el garfio de hierro

utilizado por el otro. Un espectáculo espeluznante el de la garganta del hombre de la pistola; la pistola se veía todavía en su mano crispada. Llevaba ropas deportivas marinas, y, pese a la crispación angustiosa de su rostro, todavía se podía ver que había sido un hombre joven y muy bien parecido.

El
G-man
volvió a taparlo con la lona y se incorporó.

—Bueno, parece que el patrón de la lancha atacó al otro, con el garfio; pudo herirlo de muerte, pero el otro sacó su pistola y tuvo tiempo de vengarse a sí mismo. ¿Encontraron la lancha a la deriva, teniente?

—Así es —dijo el oficial guardacostas.

Makely asintió con la cabeza, estuvo pensativo unos segundos y acabó encogiendo los hombros.

—Bueno, señor —musitó, mirando a Gruson—, éste es un caso para usted, supongo. Respecto a mi visita a la cabaña de Joe Simms, le diré solamente que está muerto. De dos puñaladas, una en el vientre y otra en el corazón. Lo dejé todo tal como estaba, pero supongo que tendremos que ir allá también para… ¿Qué ocurre?

Gruson tiraba suavemente del
G-man,
por un brazo. Lo metió en la pequeña, más bien pequeñísima cocina, y señaló el pequeño armarito a ras del piso.

—Echa un vistazo ahí dentro, Norval.

Éste obedeció. Abrió la doble puertecilla… y se quedó atónito, mirando el contenido del armarito. Luego, bruscamente, su ceño se frunció. Metió la mano dentro y sacó uno de los frutos que había allí. Contando el tejido fibroso que lo cubría, como si fuese una larga y áspera cabellera, casi tenía el tamaño de una cabeza.

—Cocos —musitó el
G-man
—. Cocos de La Habana…

Sacó dos más, y los fue colocando en el piso, ante sus rodillas hincadas en él.

—Tienen buen aspecto, ¿no es cierto? —comentó Gruson.

Norval agitó uno. Dentro se oyó el clásico sonido de la leche del coco. Acabó de sacarlos todos, y se quedó mirándolos

pensativamente. Quizá había dos docenas de cocos, todos ellos cubiertos todavía por la fibrosa cabellera espesa y dura.

—Un momento, señor… No pude ver el nombre de esta lancha, ya que vine por arriba, pero… ¿Es la lancha *Mariposa*?

—Exacto.

—¿Y el marino muerto de dos balazos se llama Morton?

—Morton Barnes, según la documentación que le hemos encontrado encima. El otro se llama Mike Stripling.

—Morton Barnes… Tiene que ser el compañero de Joe Simms, señor.

—Evidentemente.

—Esto… esto tiene que estar relacionado con la muerte de Joe Simms. Tiene que estarlo… Es llamativo que los dos hombres que tripulaban las lanchas de alquiler de esa señorita rubia llamada Loretta Haddam hayan muerto…

—Muy llamativo, Norval. Por eso te dejé recado de que lo abandonases todo en Apalachicola y vinieras aquí, Está claro que estas tres muertes pertenecen al mismo caso, al mismo asunto.

—El asunto de los cocos de La Habana —musitó Norval—. Vaya, señor, éste es un caso muy intrigante, ¿no cree?

—Por supuesto. Creo que lo mejor que podemos hacer es ir a ver a esa señorita Haddam, en Apalachicola, y pedirle unas cuantas explicaciones. Entre otras cosas, le podríamos preguntar a cambio de qué le ofreció veinte mil dólares a Joe Simms.

—Sí… Habría que preguntárselo. Pero quizá ella no quiera contestar, señor.

—Bueno —sonrió secamente Gruson—, ya estamos acostumbrados a eso, muchacho. Y hasta la fecha has demostrado que no es un obstáculo importante para ti el hermetismo de algunas personas. Aunque quizá primero conviniese examinar bien todos estos cocos de La Habana.

—¿Por qué espantar la pieza, señor?

Gruson ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿Qué está pensando?

—En los cocos de La Habana. Se me ocurre que estos cocos, cuyo aspecto no puede ser más normal, quizá sean una determinada contraseña sobre algo o para algo, pero que en sí no tengan significado alguno… Tampoco sabemos si los que tenemos aquí le

fueron entregados a Mike Stripling por los cubanos de la lancha *Olas Rojas*, o por otra lancha. Ni sabemos qué se hace realmente luego con los cocos. Son desembarcados, eso sí, y parece que el cliente aficionado a la pesca se los lleva… Me pregunto si los cocos son el motivo del viaje de pesca, señor. ¿Usted qué cree?

—Parece un poco tonto, lo admito —susurró Gruson—. Y puede ser muy bien la cobertura de otras actividades… ¿Por qué has dicho eso de espantar la pieza?

—Porque se me ocurre que sería una buena idea que alguien llegase a Apalachicola con los cocos de La Habana, señor.

—Si alguien está esperando esos cocos, Norval, los espera de manos del tal Mike Stripling.

—El pobre señor Stripling ya no podrá entregarlos. Pero insisto en que quizá los cocos no sean importantes de por sí, sino la cortina de humo qué oculta algo mucho más importante. Yo creo que podríamos arreglárnoslas de manera que la señorita Loretta Haddam confiase en el hombre que llegase a Apalachicola con la lancha… y los cocos. Hay que llegar al fondo de este asunto, no requisar dos docenas de cocos, que posiblemente no aporten solución alguna a tres muertes.

Gruson asintió con la cabeza.

—Bien —musitó irónicamente—. Ahora sólo falta encontrar a la persona que lleve la lancha a Apalachicola, y que consiga engañar a Loretta Haddam. ¿Conoces a alguien adecuado?

CAPÍTULO IV

La bahía de Apalachicola está resguardada por tres islas bajas, arenosas, que forman un arco de tierra firme que protege de los temporales las aguas verdeazules. Las tres islas son Saint Vincent, Ile de Chien y Saint George. Esta última es la más larga, casi treinta millas, y por sólo una de ancho. Está entre las otras dos, y a ella, desde la pequeña localidad de Eastpoint, al otro lado de la bahía, y unida a Apalachicola por una carreta aérea, viajan muchos bañistas en los *ferries* de línea regular.

Toda la bahía es como un gran espejo verdeazul, casi siempre liso, calmado, y se ven en gran abundancia los *snipes*, algún que otro yate y, sobre todo, esquiadores acuáticos, remolcados por veloces lanchas de colores. Y una vez ya en la bahía casi cerrada, se ve Apalachicola, brillando muy blanca al sol. Apalachicola es una localidad de alrededor de cuatro mil habitantes, pero éstos son los residentes. Si se suman los que van allí a disfrutar del mar, se puede llegar muy fácilmente a los diez mil.

Es un lugar tranquilo, bonito, encantador.

Claro que en tan encantador y tranquilo lugar había sido asesinado un hombre aquella mañana, a puñaladas. Pero de eso hacía ya horas.

En aquel momento, a las cinco y pico de la tarde, lo que realmente interesaba no era pensar en el hombre asesinado, sino en su asesino. Y en los cocos de La Habana.

Precisamente, los cocos de La Habana habían sido metidos en un saco de lona por Norval Makely. Y ahora, todavía rozando la baja costa de Saint George Island, el saco estaba suspendido sobre el agua, sujeto por una mano del

G-man,

que buscaba con la vista, mientras la lancha se deslizaba lentamente en línea recta hacia Apalachicola, el lugar más propicio. Lo cual no fue difícil de encontrar. El lugar elegido fue una pequeña fosa cuya profundidad, a juzgar por el tono de las aguas, podía ser de unos ciento veinte a ciento cincuenta pies. Pues bien: a esa fosa dejó caer Norval Makely el saco lleno de cocos de La Habana. Lo vio descender, tras el chapoteo. Las aguas eran tan transparentes, que si la lancha no hubiera seguido navegando, quizá habría visto el saco hasta que hubiera llegado al fondo, entre las algas de diversos tipos.

Pero, como la lancha siguió navegando, Norval Makely se preocupó exclusivamente de fijar aquel lugar en su memoria, asegurándose de que tomaba perfectamente las referencias con puntos de la isla que iba quedando atrás y con las blancas casas de Apalachicola.

Las blancas casas de Apalachicola, que se iban viendo más y más perfiladas a medida que la lancha, ahora a más velocidad y manejada directamente, se acercaba a la costa continental. En pocos minutos, tras un viaje de ciento sesenta millas en el que había invertido alrededor de cuatro horas, Norval Makely, agente especial del FBI, llegaría a Apalachicola, donde, a no dudar, conocería a la rubia y generosa señorita Loretta Haddam, de la cual esperaba obtener, más o menos astutamente, toda una convincente serie de explicaciones relacionadas con el asunto de los cocos de La Habana…

El

G-man

se quedó mirando, sonriente, la pequeña lanchita azul y roja que parecía dispuesta a perforar la lancha *Mariposa*, lanzada a toda velocidad en línea recta hacia ella. Al volante, perfectamente visible, una preciosa muchacha pelirroja, en *bikini*, que parecía estar gozando de las delicias del mar, y de su fresca espuma… Se acercaba a una velocidad tremenda, rebotando sobre las aguas, directa hacia la lancha considerablemente más grande que gobernaba el agente del FBI.

Pero, cuando estaba a poco más de veinte yardas, la pelirroja giró el volante, la lancha bandeó hacia babor y pasó como una exhalación ante la proa de la *Mariposa*, lanzando un chorro de verdes aguas espumosas hacia el

G-man,
que sonrió de nuevo al oír la voz de la preciosa pelirroja:

—¡Viva el mar, marino…!

—Viva —casi rió Norval.

Siguió la marcha de la velocísima lancha, hacia la salida de la bahía… La vio girar de nuevo y volver hacia él… Al parecer, la joven entusiasta del mar quería seguir jugando a dar peligrosas pasadas por la proa de la *Mariposa*.

Pero algo ocurrió. Cuando estaba a unas ciento cincuenta yardas de la *Mariposa*, la lanchita aflojó considerablemente la marcha, y, casi en seguida, su motor dejó de funcionar. Se oyó un «pop-pop-pop» de algo que no funciona debidamente, y la lanchita acabó deslizándose silenciosamente y cada vez más lentamente sobre las aguas, hasta quedar del todo parada, a unas ochenta yardas de la *Mariposa*.

Sin vacilar, Norval Makely dirigió su lancha hacia allí, y detuvo los motores cuando calculó que llegaría junto a la otra por la propia inercia de la lancha. Así ocurrió, y el Gman se asomó a la borda, sonriendo un tanto irónicamente.

—¡Viva el mar! —gritó.

—¿Puede ayudarme? —le gritó la muchacha.

Norval miró hacia Apalachicola. La distancia hasta allí era no inferior a las dos millas y media, quizá tres. Desde luego, no habría estado bien dejar allí, a la deriva, a la chica del *bikini*.

—¿Qué le ocurre? —se interesó.

—No lo sé… ¡El motor se ha parado!

El
G-man
cogió un largo bichero, que tendió a la muchacha. Ella se agarró con ambas manos al gancho agudo de hierro, y Norval la atrajo, desplazando la pequeña lancha.

Dejó caer un cabo, saltó a la lanchita y la amarró a la *Mariposa*.

—Bueno… Veamos qué le ocurre a su motor, señorita.

—Se lo agradezco… Yo no entiendo de estas cosas… Iba tan bien, y de pronto…

—Sí, ya me di cuenta. Permítame.

Probó el motor solamente dos veces. En realidad, a la primera supo perfectamente lo que ocurría, pero quiso asegurarse.

—Es una avería de suma importancia —sonrió—. Mucho me temo que esta lanchita jamás podrá ser utilizada de nuevo… a menos que le ponga usted gasolina.

—¿Ga… solina?

—No le queda ni una gota.

—¡Oh!

—La remolcaré —rió el
G-man
—. Me gustaría darle una lata de gasolina, pero yo también agoté toda la provisión. De todos modos, espero llegar a Apalachicola… ¿Vive usted ahí?

—Sí… Bueno, estoy en el embarcadero, con unos amigos que tienen un yate. Estamos pasando unos días aquí.

—Muy bien. ¿Prefiere continuar en su lancha, o sube a la mía?

—Pues… Parece un poco ridículo llegar a remolque, ¿verdad?

—Son cosas que le ocurren a cualquiera. Pero quizá tenga razón: es más airoso dejar la lancha vacía. La ayudaré a subir a bordo.

La tomó por la cintura, la subió a pulso como si pesase más o menos lo que una pestaña, y tras esperar a que la muchacha acabase de encaramarse a cubierta, aseguró los nudos que sujetaban la lanchita a la *Mariposa*. Luego subió él, llevó el extremo de la cuerda a popa y la ató allí.

Volvió al volante de la lancha, cogió el paquete de cigarrillos y, tras hacer sobresalir uno, lo ofreció a la muchacha. Encendió otro para él y señaló hacia Apalachicola.

—No iré tan de prisa como usted, pero espero llegar.

—Muchas gracias, señor…

—Makely. Y no tiene importancia. La lástima es no haberla encontrado antes… El viaje no habría sido tan aburrido.

Ella le miró, sonriendo de un modo casi cariñoso. Tenía una hermosa boca roja y fresca, llena, y unos estupendos ojos de tono verdoso.

—Me llamo Margaret Larsen, señor Makely. Y usted me parece tan simpático que casi lamento yo también que esto no haya ocurrido muy mar adentro.

—Bueno… En esta vida casi todo tiene remedio. Quizá en otra ocasión las cosas ocurran más a gusto de los dos.

—Sí —rió ella—. Quizá. ¿No tendría usted algo para beber?

—Solamente agua. Soy abstemio.

—Oh, un marino abstemio… ¡Es terrible!

—Sólo un poco difícil de creer… ¿No le gusta el agua? Estará asquerosamente caliente, pero no puedo ofrecerle otra cosa. Si la acepta, está abajo.

—Creo que beberé una poca… Tengo la boca llena de sal, por culpa de la espuma del mar. ¿Le subo a usted un vaso?

—No. Aguantaré hasta Apalachicola… Oiga —la muchacha se volvió a medio camino hacia la entrada descendente a la cámara—, ¿no le parece que iría mejor descalza, o con calzado dé goma? Va a resbalar de un momento a otro con esos zapatitos de corcho.

—Estoy acostumbrada a ello, no se preocupe.

Margaret Larsen descendió a la cámara, mirando a todos lados. Un simple vistazo la convenció de que allí era difícil ocultar lo que buscaba. Vio la diminuta cocina y entró en ella. Su mirada se posó al instante en los armaritos a ras del suelo. Se acuclilló y los abrió…, para quedar decepcionada al encontrarlos vacíos. Pero sus deditos tomaron algo del fondo: unas ásperas hilachas fibrosas.

—Había cocos… —musitó—. Pero ya no están. Y ese Makely está solo en la lancha… Algo ha ocurrido.

Dejó caer las hilachas fibrosas y se incorporó. Se quedó mirando pensativamente por el pequeño Ojo de buey, hacia el mar, que iba quedando atrás partido por la blanca raya de espuma…

—¿No encuentra el agua?

Margaret Larsen lanzó un chillido de descomunal sobresalto y se volvió hacia la puerta de la cocina. El gigantesco señor Makely estaba allí, apoyado en el marco. Había una levísima sonrisa entre fría e irónica en sus grises ojos.

—Me… me ha asustado, señor Makely…

—Lo lamento. Pensé que quizá no sabría desenvolverse aquí dentro, así que puse el piloto fijo y bajé. Sólo puedo estar unos segundos, porque nos acercamos a la bandada de *snipes* y patines. ¿Estaba buscando algo quizá?

La pelirroja sonrió y se quitó los zapatitos playeros de suela de corcho, tomando el derecho por su centro, con innecesaria fuerza.

—Solamente un vaso —murmuró.

—Oh… Claro. Bueno, creo que hay algunos en esa alacena… Ábrala, y los encontrará.

¿Quiere que le sostenga sus zapatitos?

—No… No, gracias.

—Bueno, al menos se los ha quitado, y eso significa que ha evitado algún que otro resbalón. Debo volver arriba, si no quiere nada más.

—No… Nada. Es usted muy amable, señor Makely.

Norval sonrió y regresó a cubierta, tras retroceder tres pasos sin dejar de mirar a la muchacha, permaneciendo frente a ella. Un minuto después, Margaret Larsen se reunía con él.

—Tenía usted razón, señor Makely: estaba asquerosamente caliente.

—Ya se lo advertí. Pero al menos le habrá quitado la sal de la boca… Estamos llegando.

¿Quiere que la deje junto al yate de sus amigos? Dígame cuál…

—No, no… Ya le he molestado demasiado. Desembarcaré donde usted amarre.

—Como quiera. ¿Y su lancha?

—Oh, luego vendrá uno de los tripulantes del yate a por ella.

—Perfecto. Bueno, parece que vamos a tener que despedirnos muy pronto, señorita Larsen.

—Por ahora, sí.

—¿Por ahora?

—Yo… He querido decir que… Bien, no pensamos marcharnos hasta dentro de seis o siete días… Y pensaba que es posible que volvamos a vemos por Apalachicola, o por los embarcaderos.

El
G-man
se quedó mirándola intensamente y acabó sonriendo.

—Seguramente, nos veremos —pasó una mano por un brazo de la bella pelirroja, que aceptó la caricia, mirando intensamente al hombre del FBI—. A veces, los motores se estropean en momentos muy convenientes, ¿no le parece?

—O se acaba muy a tiempo la gasolina —musitó ella.

Asió la mano del
G-man
con las dos suyas, y pareció utilizarla para tirar del hombre hacia ella; pero el resultado fue que ella se acercó a él, hasta que sus labios llegaron hasta los de Norval Makely…

—Bien —susurró luego el G-man—. Ya dije antes que este viaje ha sido muy corto. Cuando quieras realizar uno más largo, ya sabes dónde encontrarme.

Señaló hacia el cercano embarcadero al cual estaban llegando. Ella asintió con la cabeza y estuvo muy pegada a él, apretándole la mano, hasta que comprendió que el señor Makely precisaba las dos para maniobrar a fin de encontrar hueco en el embarcadero. Segundos después, la *Mariposa* quedaba de proa junto a fas blancas tablas, en uno de los largos pasillos.

—Fin de viaje —gruñó el G-man.

—Pareces disgustado —rió ella dulcemente.

—¿No debo estarlo?

—No demasiado. Hasta luego, Makely…

—Norval.

—Hasta luego, Norval. Y gracias… por todo. Creo que el yate me va a parecer todavía más aburrido que antes.

Saltó al pasillo de tablas y se alejó, agitando una manita y volviéndose…, debido a lo cual tropezó con la enorme barriga de un tipo vestido con unos feísimos *shorts* a rayas de cien colores y una camisola llena de flores. Iba descalzo y al caminar, después de aceptar las disculpas de la muchacha, sus pies parecían desparramarse sobre las tablas y su barriga saltaba como si fuese rebotando sobre algo. Era muy alto, de cara enrojecida salvajemente por el sol, y llevaba un ridículo sombrero de paja protegiendo la calva cabezota.

—Oiga —llamó la atención de Makely—, ¿alquila usted su lancha?

Norval dejó de mirar a Margaret Larsen, para fijarse con curiosidad en el tipo lleno de colorines.

—Acabo de regresar, señor. Tengo que repostar, hacer acopio de provisiones, repasar el motor…

—¿Qué tiempo le llevará eso?

—Bueno… No sé… Un día, quizá. Es posible que menos. Pero Si tiene prisa, encontrará otras lanchas de alquiler libres.

El hombre dio unos cuantos pasos por el embarcadero, mirando la *Mariposa* de proa a popa.

—Me gusta ésta —dijo—. Me llamo Broderick Varley, y estoy en el Pelikan Hotel, muy cerca de aquí. ¿Me avisará cuando esté listo? Le pagaré muy bien.

Norval miró hacia donde señalaba el pulgar del tal Broderick Varley. A través de las palmeras de la avenida, ya en el Paseo Marítimo, a la derecha, vio el Pelikan Hotel, un bonito edificio blanco, rojo y verde de cuatro plantas, muy moderno, con amplias terrazas.

—Tendré en cuenta sus deseos, señor Varley. Lamento no poder servirle ahora mismo.

—Oh, eso no importa. Estoy esperando a un par de amigos, de todos modos. Supongo que podremos ir cuatro en la lancha.

—Desde luego.

—Pues espero su aviso. ¿Quiere un anticipo, quizá?

—No es necesario. Ya le diré algo.

—Hasta luego, entonces… Oiga, si tengo que buscarle por aquí…, ¿por quién pregunto?

—Bastará que pregunte por el patrón de la *Mariposa*.

—Oh, sí… Claro. Bueno, hasta luego.

—Adiós, señor Varley.

El gordote dio media vuelta y se alejó, mirando las demás embarcaciones con gran interés. Tenía las carnes muy blancas, y el sol estaba causando estragos en ellas. A buen seguro que muy pronto cambiaría de piel, quemada completamente la actual por la abrasadora caricia solar…

Pero dejó muy pronto de prestar atención al gordo llamado Varley, para recurrir a los prismáticos, con los cuales en la mano se subió a la cabina de mandos; se sentó allí, con las piernas cruzadas, y estuvo buscando por los embarcaderos, hasta localizar a Margaret Larsen, que caminaba graciosamente, con despampanantes movimientos de caderas.

Desde luego, iba directa al embarcadero de yates grandes. La vio llegar a uno de ellos y recorrer ágilmente la pasarela. Encerrado en los dos círculos de los prismáticos, Markel vio al hombre que acudía al encuentro de la muchacha. Un tipo alto, apuesto, elegante, con un formidable atuendo de *yatchman*. El hombre debía tener unos cuarenta años y era delgado, atractivo… Es decir, lo completamente opuesto al gordo llamado Broderick Varley. Dijo algo, y Margaret

contestó señalando hacia donde estaba él… Lógicamente, debía estar diciéndole que la lanchita se había quedado allí, después de ser remolcada… Markely desvió los prismáticos, hasta encontrar el nombre del yate, en la proa, en letras doradas: *Liberty*.

Regresó la línea visual hacia el hombre guapo y elegante y la encantadora Margaret Larsen, pero éstos le volvían ya la espalda, dirigiéndose hacia la entrada a los camarotes…

—¿Quién es usted? —Oyó la voz agria el
G-man.

CAPÍTULO V

Bajo los prismáticos, ladeó la cabeza… y se quedó de piedra marmórea al ver a la muchacha. Rubia como los rayos del sol, dorada la piel, enormes los ojos azules, fabulosa la figura cubierta por unos *shorts* blancos y un finísimo jersey marinerito a rayas blancas, rojas y azules. Sandalias de paja. Quizá tendría veinte o veintidós años. Ni uno más de veintidós, desde luego. Ver a aquella criatura y recibir un impacto de emoción era todo uno. Parecía tener mal genio, porque la boquita de color rosado…

—¿Qué hace usted en mi lancha? ¿Dónde está Morton? —insistió la muchacha, no menos acremente.

—Oh… ¿Es usted Loretta Haddam? —preguntó Norval.

—Desde luego. Y usted, ¿quién es?

—Norval Makely. Soy amigo de Morton, señorita Haddam.

Ella alzó las cejas, entonces, y pareció que sus ojos se agrandaban aún más. Algo tremendo. Hasta entonces había estado en el embarcadero. Saltó a la lancha después de alzar las cejas, y Norval Makely creyó por un instante que aquel angelito iba a echarse a volar… ¿Era posible que aquel querubín hubiera ofrecido veinte mil dólares a Joe Simms por algún negocio sucio, y que al no aceptar Simms le hubiera apuñalado?

—¿Dónde está Morton?

—Se quedó en Tarpon Spring.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno… Es un poco largo de contar, señorita Haddam. Creo que les he hecho un favor a usted y a Morton, y… Bueno, francamente, no esperaba este recibimiento, sino algo mejor… ¿No ha visto por aquí a un tal Joe Simms? Morton me dio saludos para él.

—Joe tiene fiesta hoy, señor Makely. Llegó esta mañana, se fue a su cabaña, y supongo que está durmiendo como un tronco. Mañana podrá darle esos saludos de Morton. Ahora, sería conveniente que usted me explicase lo que ha ocurrido. ¿Por qué ha venido usted en lugar de Morton? ¿Dónde está el señor Stripling, el que alquiló la lancha?

—Emm… ¿Quiere un cigarrillo?

—Señor Makely, quiero…

—Está bien, está bien… Vayamos abajo, señorita Haddam.

—¿Quién era la mujer que ha traído usted en la lancha?

—¿La…? Oh, es una chica que estaba navegando alegremente en esa lanchita, se le acabó la gasolina, y la traje hasta aquí… ¿O debí dejarla en el mar?

Loretta Haddam volvió a fruncir, el ceño. De pronto, fue hacia la entrada a la cabina, y descendió, rápidamente. Norval se fue tras ella. La encontró sentada en una de las literas, que ella misma acababa de bajar, y de nuevo le tendió el paquete de cigarrillos. Ya fumando los dos, el
G-man
bajó una de las dos literas de enfrente a la muchacha, y también se sentó. Ella le miraba con gran interés, expectante.

—No le podré decir gran cosa, señorita Haddam. El hecho cierto es que Morton me llamó por la radio a mi lancha… Yo también tengo una lancha de alquiler, en Tarpon Springs. Emmm… El caso es que Morton me llamó, y cuando le dije que no, que no estaba ocupado, me pidió que le esperase en una pequeña playa de Crystal Beach, unas pocas millas al sur de Tarpon Springs. Así que me fui allá con mi lancha, y encontré a Morton, como a doscientas yardas de la playa. Estaba anclado allí, y pensé que había tenido una avería, y que por eso me llamaba a mí, ya que somos buenos amigos, entiendo de lanchas… y no le habría cobrado nada. Una vez, en Flamingo… Oh, creo que esto no debe interesarle a usted, ¿verdad?

—Verdad, señor Makely.

—Bien… Bueno, vi allá a Morton, en esta lancha.

Me pareció que no se encontraba muy bien, y eso fue lo que él me dijo, efectivamente.

Estaba… raro. Me pidió mi lancha, y me rogó que viniese aquí, a

Apalachicola, a traerla la *Mariposa* a usted. Así que le dejé mi lancha, y vine a traerla a usted su *Mariposa*. Eso es todo. Me pareció que era importante y urgente, y no tenía por qué negarle el favor al viejo Morton. De modo que aquí tiene usted su lancha… y ya está.

—¿Y el señor Stripling?

—No sé quién es.

—Es el hombre que alquiló la lancha y salió con Morton a pescar.

—Bueno… No vi a nadie en esta lancha, señorita Haddam. Ni creo que nadie pueda estar escondido aquí dentro. No sé nada de ese señor Stripling, ni Morton lo mencionó en ningún momento. Para mí, Morton estaba solo en la lancha. Le propuse llevarlo en mi lancha a que lo viera un médico, pero dijo que no… Le aseguro que todo su interés estaba en que yo le trajera a usted cuanto antes la *Mariposa*. Lo demás no parecía importarle gran cosa.

Loretta Haddam se puso en pie y fue hacia la cocina. Entró en ella, y Norval se fue detrás. La vio mirar en las alacenas, en la pila, en los armarios a ras de suelo… —¿Busca algo?— deslizó el G-man.

—Peces.

—¿Peces?

—El señor Stripling alquiló la lancha para pescar… Lo había hecho otras veces, y siempre conseguía buenas piezas… Y no veo ninguna en esta ocasión, señor Makely.

—Ya le digo que no sé nada sobre ese señor Stripling. Ni sé nada sobre los peces que pudo pescar. La lancha está tal como me la entregó Morton.

El hombre del FBI miraba atentamente a la muchacha. Mucho tenía que equivocarse con respecto a ella, pero lo cierto era que Loretta Haddam no parecía sentir el menor interés por la presencia de cocos en la lancha. Estaba claramente desconcertada y preocupada. Pero no por la ausencia de cocos de La Habana, según parecía, sino por lo que pudiera haber ocurrido en la *Mariposa*. La extraña actitud de Morton Barnes, la desaparición de Mike Stripling…

Cuando la muchacha abrió la boca, Norval Makely sabía lo que iba a decir. Y lo adivinó exactamente, ya que ella dijo:

—Voy a llamar a la policía.

El
G-man
decidió continuar adelante con su farsa. Frunció el ceño, mirando hoscamente a Loretta Haddam.

—¿A la policía? —Gruñó—. ¿Qué tiene que ver la policía en todo esto?

—No lo sé, señor Makely… Pero tengo que avisarla. Estoy segura de que ha ocurrido algo… espantoso. Llamaré desde…

Makely la sujetó brutalmente de un brazo.

—Escuche, señorita Haddam —masculló—, a mí no me meta en sus líos con la policía, ¿entiende?

—¡Yo no tengo ningún lío con la policía! ¡Y haga el favor de quitar su zarpa de mi brazo! ¡Bruto!

El
G-man
la soltó, consiguiendo permanecer hosco en lugar de echarse a reír, que era lo que verdaderamente sentía deseos de hacer.

—Oiga, oiga… Vamos a aclarar esto entre los dos, ¿eh? Nada de policías. Mire, yo les he hecho un favor a usted y a Morton, ¿no es así? Le dejé mi lancha, le he traído a usted la suya… Y todo ello sin pedir ni un centavo. Por amistad. No me venga ahora con el sobresalto de que a cambio de esa amistad va a meterme en un lío.

—¿En un lío? Señor Makely, ¿acaso tiene usted algo que temer de la policía?

—Bueno… No precisamente, pero… Vaya, qué demonios, sólo le diré que prefiero resolver este asunto sin que nadie meta las narices en él. Hagamos un trato, ¿de acuerdo? Usted me dice qué es lo que ocurre, qué es lo que teme, y yo le saco las castañas del fuego.

—¡Yo no tengo ninguna castaña en el fuego, señor Makely!

—Si empezamos a gritar no nos entenderemos, y se enterará todo el mundo de que algo raro ocurre en la *Mariposa*. Apuéstese medio dólar, y verá cómo salimos de aquí con la lancha y la tiro de cabeza al mar fuera de la bahía y con un saco de harina atado a los pies.

Loretta Haddam retrocedió un par de pasos, pálida, desorbitados los ojos.

—Señor Makely… ¡Oh, Dios mío!

—Hablemos con calma. ¿Quién es exactamente ese señor

Stripling que iba con Morton?

—No lo sé… Un cliente. Eso es todo: un cliente. Había venido un par de veces más, había alquilado una lancha, se iba a pescar…, y eso es todo.

—Eso es todo —imitó, con voz apagada—. ¡Pues eso no puede ser todo, señorita Haddam!

—Le aseguro… Señor Makely, no sé lo que está pasando, no lo entiendo… No pretendo meterle a usted en ningún lío, pero yo…, yo sigo creyendo que sería… conveniente llamar a la policía. Si usted no ha hecho nada, nada tiene que temer. Yo… soy conocida aquí, en Apalachicola. Me creerán cuando les diga que usted se ha limitado a hacer un favor a Morton. Por favor, déjeme llamar a la policía.

Norval Makely soltó un gruñido de disgusto. Pero no contra la muchacha, sino contra sí mismo. Todo su plan se había venido a tierra aparatosamente, nada había servido de nada. En realidad, estaba convencido hacía varios minutos de que Loretta Haddam no tenía nada que ver con aquel asunto, pero decidió quemar los últimos cartuchos antes de darse por vencido.

—Muy bien —permitió—. Llame a la policía. Ya veremos qué les dice usted sobre los cocos.

—¿Los cocos…? —musitó Loretta, atónita.

—¡Sí, los cocos!

—¿Qué…, qué…, qué cocos?

—¡Los cocos de La Habana!

Loretta se llevó una mano a la sonrosada boquita, mirando ya definitivamente espantada al gigante personaje que la miraba duramente.

—Santo Dios… Usted…, usted está loco, señor Makely.

—¿Acaso niega usted que le envían cocos de La Habana por medio de sus lanchas?

—¡Claro que lo niego!

—¿También niega que esta mañana estuvo en la cabaña de Joe Simms para ofrecerle veinte mil dólares por…, por algo?

Ahora, la estupefacción de la muchacha fue total. Quedó muda de asombro durante unos segundos. Finalmente, se echó a reír de muy buena gana.

—¡Veinte mil dólares! —exclamó—. ¡Ahora sí que me convenzo

de que usted está completamente loco! ¿De dónde voy a sacar yo veinte mil dólares para…? ¿Dice que se los ofrecí a Joe?

—Eso he dicho. El me llamó por teléfono, me dijo que la rubia le había ofrecido veinte mil dólares por…

—¿Por qué?

—No dijo nada más.

—Pues vamos ahora mismo a preguntarle, y ya verá como no fui yo quien le hizo esa oferta. Cocos de La Habana, veinte mil dólares… Oiga, ¿también conoce usted a Joe Simms?

—Lo conocía.

—Bueno, da lo mismo. Podemos… ¿Lo conocía?

Loretta Haddam palideció intensamente. Se mordió los labios, y pareció que sus piernas fallaron. Quedó sentada de nuevo en la litera, fijos los ojos en el
G-man,
que estaba completamente irritado por el estrepitoso fallo de su plan. Loretta escondió el rostro entre las manos, de pronto, conteniendo un sollozo a duras penas.

Makely sacó del escondite en la lancha su pistola y la radio de bolsillo, con alcance superior a las cincuenta millas. No hacía falta tanto, en aquella ocasión.

—¿Señor? —se comunicó.

—Dime, Norval. ¿Dónde estás?

Loretta Haddam había alzado vivamente la cabeza. Ahora, además de pálida y consternada, estaba absolutamente asombrada y desconcertada, mirando al gigante greñudo con aquel aparatito en una mano y la pistola en la otra.

—Estoy en la *Mariposa*, con la señorita Haddam. Lo lamento, señor.

—¿Lo lamentas? Oh, vamos, quieres decir que has fallado en tus suposiciones, ¿no es eso?

—Sí, señor. Me temo que sí, a menos que me haya convertido en un imbécil total al que puede engañar una chica bonita.

—Me inclino a creer que simplemente te has equivocado. Pero me alegra mucho que la señorita Haddam sea tan bonita. Total: nada en claro.

—Nada. Bueno, he tenido un par de contactos que parecen casuales, pero es muy posible que no lo sean. Sería bueno que usted

llamase a la policía de Apalachicola y les encargase la vigilancia o les pidiese al menos algunos informes sobre unas personas que están gozando del mar por aquí.

—¿Qué personas son ésas?

—Un tipo gordo y abrasado en vivo por el sol, que se llama Broderick Varley y está alojado en el Pelikan Hotel. Y una chica llamada Margaret Larsen, pelirroja, formidable, que está invitada en el yate de unos amigos. El yate se llama *Liberty*.

—Nos ocuparemos de eso. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No sé… ¿Cómo va el asunto de Joe Simms?

—Llegamos en el helicóptero, y se han llevado ya el cadáver. Presiento que en cuanto a huellas vamos a llevarnos un buen chasco. El tal Joe Simms no era persona muy sociable, de modo que hay muy pocas huellas. Veremos qué sacamos en limpio. Ah, oye: La policía de aquí está al corriente del asunto, de modo que en caso de necesidad puedes recurrir a ella…, a menos que prefieras que entremos todo el equipo en pleno en acción contigo.

—Por ahora, no, señor. Por el contrario, creo que es preferible que se mantengan bien alejadas de mí. Tengo la esperanza de que alguien vendrá a pedirme los cocos.

—¿Y no sería mejor que los examinases todos, uno a uno? Es lo que tendríamos que haber hecho desde el principio, ¿te das cuenta?

—Bueno… Yo quería toda la bandada de peces, no uno solo.

—Está bien, está bien… Mira los cocos ahora, y me llamas…

—Señor.

—¿Sí, Norval?

—No tengo los cocos.

Hubo un par de segundos de silencio antes de oírse otra vez la voz de Gruson:

—¿No tienes los cocos? ¿Te los han quitado?

—Los tiré al mar. Pero sé muy bien cuál es el lugar exacto.

—Entiendo. Bueno, los dejaremos ahí, de momento… Espera un momento. Parece que tenemos noticias frescas. Yo te llamaré dentro de unos minutos, Norval.

—Sí, señor.

Cerró la radio, se la guardó y se acercó a Loretta Haddam, que estaba ya completamente serena, y parecía ir comprendiendo la situación.

—¿Usted es de la policía, señor Makely?

—No. Del FBI.

—¡Oh! Pero ¿qué… qué está ocurriendo?

—Se lo diré. Usted tiene dos lanchas de alquiler, y tiene también contratados a dos patronos de lancha, que son los encargados de conducirlas cuando las alquila a algún pescador. Una de las lanchas se llama *The Fisher*, a cargo de Joe Simms. La otra se llama *Mariposa*, a cargo de Morton Barnes. Ahora, sepa que las tres últimas veces que ellos han llevado a los caballeros llamados John Regan y Mike Stripling, éstos han cambiado pescado por cocos de La Habana, en alta mar, a los simpáticos cubanos que navegaban en una lancha llamada *Olas Rojas*. Una vez conseguidos los cocos de La Habana, regresan a tierra, y cada uno de esos clientes se va con sus peces y sus cocos, tan tranquilos. Los cocos juegan un papel en esto, estoy seguro. Ahora, sepa que tanto Joe Simms como Morton Barnes están muertos, de modo que nada podrán explicar sobre el misterio de los cocos. También está muerto Mike Stripling, de modo que deberemos prescindir de él para saber de qué va el asunto. Ahora, de los cuatro pasajeros que nosotros ya conocemos sólo queda vivo John Regan, que es el hombre que esta mañana llegó con la lancha de Joe Simms, desembarcó los cocos y se fue. Por tanto, señorita Haddam, lo que tendré que hacer es encontrar a John Regan, y preguntarle quien mató a Joe Simms después de ofrecerle veinte mil dólares por algo. También tendré que preguntarle qué pasa con esos cocos de La Habana… ¿De verdad usted no sabe nada?

—Santo Dios… ¡Ni siquiera estoy segura de haberle, entendido, señor Makely!

—Sí, es un poco complicado, lo comprendo… Perdone… —Sacó la radio al oír el zumbido de llamada, y apretó el botón—. Makely.

—Norval, soy Gruson. Respecto a lo que te decía antes de noticias frescas: han encontrado a John Regan, el hombre que llegó esta mañana de pescar, en la lancha *The Fisher*, con Joe Simms.

—¡Bien! ¿Qué dice el tal Regan?

—Nada.

—¿Está muerto?

—Lo encontraron en un lado de la Nacional Noventa y Ocho, dentro de su coche, que estaba fuera de la carretera, entre unas palmeras, cerca de un riachuelo. Tenía tres balazos en el pecho.

—Era de esperar… ¿Algo sobre los cocos que sacó de la lancha?

—Nada. Se han encontrado algunas fibras en el portamaletas, pero no han dejado ni un solo coco.

—A esos asesinos les debe gustar mucho la fruta tropical… Primero matan a Joe Simms; luego, a John Regan. Al mismo tiempo, Morton Barnes y Mike Stripling, en alta mar, se matan el uno al otro… Pista cortada, si no fuese porque tenemos los cocos de la lancha *Mariposa*. Tendré que ir a buscarlos.

—Eso iba a sugerirte.

—Bien… Pero lo haré más tarde, señor, si no le importa. De todos modos, sigo pensando que no conviene espantar la caza.

—¿Qué caza?

—Pues la nuestra. Dejaremos aparte a Morton Barnes y Mike Stripling, ya que sabemos que se mataron el uno al otro. Pero alguien mató a Joe Simms y a John Regan…, y me pregunto si lo que querían era los cocos de La Habana.

—Seguramente.

—Bien. Entonces, vendrán a pedirme a mí los que se supone deben estar en la *Mariposa*, ¿no le parece, señor?

—Norval, no seas insensato… Hace tres semanas te metieron un balazo en las tripas por querer asegurar la presa. Si esta vez…

—Esta vez iré con más cuidado, señor. Y como no tengo los cocos a bordo, no se atreverán a matarme hasta que les diga dónde están. Creo que de momento los dejaré donde están. Esperaremos toda esta noche, señor. Algo tiene que ocurrir… Tengamos en cuenta que quien o quienes hayan matado a Simms y a John Regan no pueden estar muy lejos, y saben ya que la *Mariposa* ha llegado… Y deben creer que con su cargamento de cocos de La Habana. Es cierto que podríamos ir nosotros a buscar los cocos, abrirlos, examinarlos detenidamente… Quizá descubriésemos algo interesante, señor…, pero luego sería mucho más difícil averiguar quién ha causado cuatro muertes en el asunto de los cocos de La Habana. Y yo, señor, prefiero atrapar a esa gente que comerme dos docenas de ricos cocos.

—Tiene razón… De acuerdo, Norval, sigue adelante. Pero ten mucho cuidado: otro balazo en las tripas podría ser fatal. Creo que ordenaré que te custodien debidamente algunos de los muchachos.

—La idea no es mala —sonrió Norval Makely—. Pero dígales

que, si intervienen a destiempo, les arrancaré las orejas.

—Les pasaré tu recado. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

De nuevo cerró la radio, se la guardó y se quedó mirando a Loretta Haddam, que lo miraba como hipnotizada.

—¿Sabe usted cocinar, señorita Haddam?

—Sí… Lo suficiente.

—¿Qué es lo suficiente, para usted?

—Sé algo.

—Ah… Bien, estoy pensando que podría invitarme a cenar. Le he traído su lancha hasta aquí, y eso quizá merezca por lo menos una cena «lo suficientemente» bien preparada, ¿no cree?

—Pero con todo lo que está sucediendo…

—Lo comprendo. Es muy lamentable, ciertamente. Pero no por eso nos vamos a morir de hambre los demás. ¿Vive usted sola?

—Sí…

—¡Magnífico! ¿Tiene velas encamadas?

—Alguna debo tener, sí…

—Entonces, será una encantadora velada. ¿Tiene armas?

—¿Ar… mas…?

—Armas.

—Yo… Sí. Tengo un revólver del treinta y ocho… Un arma vieja, que era de mi padre… —Pues téngala a mano mientras cocina una estupenda cena. Creo que la pieza interesante soy yo, pero nunca se sabe… ¿Le parece bien a las ocho?

—Bueno… Sí, a las ocho.

—La cerveza, muy fría, por favor. ¿Dónde vive usted?

—En el doscientos ochenta y siete de Seaside Boulevard, hacia la desembocadura del Apalachicola River. No está muy lejos de aquí.

—Encontraré el sitio. Oiga, ¿le he dicho ya que es magníficamente preciosa?

—No… No me lo ha dicho, señor Makely.

—Pues délo por dicho.

Se acercó a ella, la abrazó por la cintura y, sin más preámbulos ni zarandajas la besó de lleno en la boca, apretando con su fea bocaza los sonrosados labios de la muchacha. Durante un par de segundos, Loretta Haddam se resistió, más por el sobresalto de la inesperada acción directa del

G-man,
que por otra cosa. Pero, transcurridos los dos segundos, se quedó quietecita como una paloma asustada, mientras el corazón le golpeaba tan fuertemente en el pecho que Makely tuvo la impresión de que le estaban aporreando el suyo.

Por fin, la separó lo suficiente para poder mirar los tremendos ojos azules de la muchacha, que brillaban como mil estrellas prensadas en una sola.

—¿Has terminado? —musitó ella.

—He empezado —deslizó él, aclarando su actuación.

—¿Y cuándo continuarás?

—El próximo episodio, a las ocho. No te lo pierdas.

Ella alzó las manitas, tomando entre ellas el viril rostro del
G-man.
Estuvo unos segundos mirando la gran bocaza, los grises ojos, los hirsutos cabellos cobrizos… De pronto, lo besó en la boca, muy despacio y muy suavemente.

—Señor Makely —musitó—, si a las ocho en punto no estás en mi casa yo vendré a buscarte.

Lo besó de nuevo, ahora en la barbilla, y salió de la cabina. El
G-man
estuvo mirándola hasta que dejó de ver las magníficas piernas doraditas de sol. Luego, se fue al abierto ojo de buey, y se miró en el cristal, frunciendo el ceño.

—Makely —dijo—, una de dos: o te están tomando el pelo, o hoy es tu día.

CAPÍTULO VI

Hacia las siete y cuarto, estaba harto de registrar la lancha *Mariposa* en busca de alguna pista, algún detalle que pudiera resultar de alguna ayuda. Y nada. Lo único insólito que había habido en aquella lancha eran los cocos. Por lo demás, las cosas no podían ser más normales y corrientes en una lancha de alquiler destinada preferentemente a la pesca en alta mar, desde barracudas a tiburones.

Donde más atención había puesto, quizá erróneamente, había sido en la cabina y en la cocina, después de examinar más atentamente la cubierta. Durante el trayecto no había podido hacerlo, ya que había tenido que estar atento a los mandos. Y ahora que había dispuesto de tiempo suficiente y absoluta tranquilidad y libertad de movimientos, nada había encontrado.

Mala suerte.

El inspector Gruson le había llamado poco antes de las siete, para notificarle que Joe Simms había sido apuñalado con un estilete de hoja muy aguda y triangular, muy afilada en todos los bordes. Era una noticia más o menos conocida, pero no hacía ninguna gracia pensar que aquel mismo estilete podía aparecer en cualquier momento por su espalda y hacerle pedacitos los riñones. Porque, desde luego, la gente que no vacila en apuñalar a un tipo y llenar de plomo a otro, no se anda con tonterías ni siquiera con un agente del FBI.

Bien. Tenía que darse por vencido. En la lancha no había…

La lancha se movió un poco. En seguida, otro poco, Apenas un par de suaves vaivenes. Eso fue todo. Pensó que si hubiera sido la hermosa pelirroja llamada Margaret Larsen, quizá habría oído el ruido seco de sus zapatitos playeros de corcho… Pero no. Eran dos

personas, más pesadas que la pelirroja y calzadas con suela de goma…

—¡Señor Makely! —Oyó la llamada en cubierta.

Norval escondió rápidamente la radio de bolsillo, pero se quedó la pistola, metida bajo la correa, en un costado. Cerró el chaquetón sólo por abajo y se dirigió a la escalerilla de madera que llevaba a cubierta.

Pero no tuvo tiempo ni de subir un solo peldaño. Vio aparecer un pie en el escalón más alto, luego otro pie en el siguiente escalón hacia abajo… Retrocedió, mientras el otro hombre descendía tranquilamente, seguido de otro, tres peldaños más arriba.

Los dos llegaron abajo, y se quedaron mirando amablemente al G-man,
que a su vez los miraba con la expresión de quien no quiere ser descortés.

—¿Señor Makely?

—No les he invitado a entrar, me parece —gruñó Norval.

Los dos vestían la indumentaria clásica del tripulante de yate de recreo, muy limpitos y preciosos. Pero sus rostros eran firmes, secos, y su mirada no admitía pensamientos impertinentes respecto a su masculinidad.

—Le ruego que nos perdone… La señorita Larsen nos dio a entender que usted era una persona de buen carácter…

—Lo soy. Pero no les he invitado.

—Lo lamento de veras, señor Makely. Solamente queríamos avisarle de que nos vamos a llevar la lancha de la señorita Larsen.

—Muy bien.

El marino asintió con la cabeza, sonriente.

—Al mismo tiempo, le traemos una invitación de parte del señor Herbert Rydleton.

—No lo conozco.

—Es el propietario del yate donde viaja la señorita Larsen… El tendría mucho gusto en conversar con usted.

—Quizá vaya a verlo cuando disponga de un momento.

—Entiendo… Bueno, es que el señor Rydleton quiere verlo ahora, señor Makely.

—Lo que quiera ese señor Rydleton a mí me tiene sin cuidado, así que pueden decirle…

Se calló bruscamente al ver la pistola en la mano de su interlocutor, apuntándole firmemente.

—La conversación va a ser amistosa, señor Makely —sonrió el marino bien planchado—. Pero eso no quiere decir que usted pueda hacer lo que más le plazca. En esta ocasión, deberá ser un sensato muchacho dispuesto a escuchar a nuestro patrón. Y será ahora.

Norval miró de uno a otro con el ceño fruncido, que era el mejor modo de disimular una sonrisa de burla. Sabía muy bien que no pensaban disparar la pistola contra él, ya que sería tanto como perder la carga de cocos de La Habana que había contenido la *Mariposa*.

—Bien —aceptó, con gesto resignado—. Creo que será interesante escuchar al señor Rydleton… ahora. Vamos a…

—Vuélvase.

Obedeció dócilmente. Le quitaron la pistola, por detrás, pero eso favorecía sus planes. Estaba bien claro que si quería obtener fruto de aquel contacto, debía causar «muy buena impresión» al tal Rydleton. De otro modo, no podría dominar la situación.

—Suba a cubierta, por favor.

Dio media vuelta, con aspecto de estar muerto de cansancio, o poco menos…

Su mano derecha lanzó un tremendo zarpazo horizontal, fulminante, alcanzando de lado al marino, en el cuello. El pulcro individuo lanzó un grito, la pistola escapó de su mano, y salió lanzado hacia atrás como disparado por un cañón de circo, hasta chocar de espaldas con las literas alzadas, rebotar y quedar de rodillas en el suelo, tosiendo, cegado por las lágrimas de dolor que llenaban sus ojos.

Ciertamente, debían tener orden de no tirar a matar, porque el otro vaciló en lugar de hacerlo. La vacilación fue brevísima, pero para entonces el
G-man
había atrapado ya su muñeca derecha, y la bajaba fuertemente, mientras su rodilla subía al encuentro del codo. Se oyó un crujido, el marino chilló como si le estuviesen operando de apendicitis en vivo, y acto seguido recibió un codazo en el plexo solar que lo abatió fulminantemente, de rodillas. Un rodillazo en la barbilla lo tiró de espaldas, desvanecido.

Cojeando, Norval Makely se acercó al otro, que continuaba tosiendo, pero que se quitaba las lágrimas y giraba los ojos, sin duda en busca de su pistola. Fue Norval quien la recogió y con ella, tranquilamente, golpeó al hombre en la nuca, derribándolo de bruces, sin sentido.

Fin.

El

G-man

recogió las dos pistolas, y pareció no saber qué hacer con ellas. Finalmente, escondió la suya con la radio de bolsillo, y se colocó las de sus dos visitantes en la cintura, entre la camisa y el pantalón. Luego, cogió a uno de los hombres por un pie y lo subió a cubierta, arrastrándolo por la escalera de madera, sin prestar atención a los trastazos que el marino iba recibiendo a cada escalón ascendido. Lo dejó en la cubierta, volvió abajo y subió al otro tipo, también tirando de un pie. Una vez estuvieron los dos en cubierta, los empujó con un pie, hacia la parte destapada de la borda, hacia popa… Un último puntapié, en absoluto rencoroso, tiró al primero al agua. Otro puntapié, al segundo.

Luego, tranquilamente, mientras los dos marinos volvían desesperadamente a la superficie, despejados por la brutal impresión, Norval Makely se descolgó hasta la pequeña lanchita de Margaret Larsen, que todavía continuaba amarrada a la *Mariposa*, llevando en una mano un remo de considerable tamaño, de los utilizados en la lancha pesquera en emergencias.

—Eh —llamó— suban. De pronto, tengo deseos de ir a ver al señor Rydleton… ahora.

Los dos marinos nadaron hacia allí y se encaramaron a la lancha. Se quedaron mirando hoscamente a Norval, que a su vez los miraba con gran amabilidad, pero con la mano derecha cerca de la culata de una de las pistolas. Con la izquierda, señaló el remo.

—La lancha se quedó sin gasolina, de modo que tendremos que remar.

—Trajimos… una lata de gasolina… Está en su lancha, en cubierta.

—La aceptaré como un simpático regalo. Remen. Cuando uno se canse, pueden relevarse. Aunque la distancia es tan corta hasta el *Liberty*… ¿Verdad?

Llegaron al embarcadero donde estaba el *Liberty* en menos de cinco minutos, a pesar de las dificultades de utilizar un solo remo y de tener que esquivar otras embarcaciones. Pero la lanchita era muy ligera, muy fácil de manejar, y no hubo contratiempos. Norval ordenó que se detuvieran junto a una de las escalerillas, fue el primero en subir por ella, y desde el embarcadero les hizo señas a los dos para que le siguieran. Los esperó arriba, y luego señaló la pasarela del yate, muy cerca.

—Suban adelante. Y si algunos de sus compañeros tienen ideas peligrosas, será mejor que lo disuadan antes de que empiece el zafarrancho… ¿Lo entienden?

Los dos subieron al yate, y Makely detrás, con los pulgares metidos en el cinturón, de modo que en menos de un segundo podía tener una pistola en cada mano.

No hizo falta. La actitud de los dos marinos, ya no tan planchados y pulcros, hizo comprender a los demás que no debían interponerse, y así, fue conducido al interior del yate llamado *Liberty* hasta el bonito *living*, de grandes ventanales alargados que recibían por estribor la luz del sol poniente.

—Hola, querido Norval —oyó el amable saludo.

CAPÍTULO VII

El agente del FBI se quedó mirando sonriente a Margaret Larsen, sentada en un silloncito, fumando. Llevaba un bonito vestido de tarde, muy corto, y, enseñando menos que con bikini, estaba asombrosamente sugestiva.

Frente a ella había una mesita redonda, de aluminio y cristal. En ella se veían algunas bebidas.

Y al otro lado de la mesa, el hombre guapo y elegante, de unos cuarenta años, vestido completamente de blanco y con un pañuelo azul al cuello. Impecable y atractivo, con sus sienes plateadas, su firme rostro bronceado, su inteligente mirada, su gesto cortés… Miró a los dos empapados tripulantes de su yate, pero no se alteró en lo más mínimo.

—Hola, Margie —saludó el G-man —. Te he traído tu lanchita, por si mañana quieres volver a pasear alegremente por el ancho y hermoso mar.

—Te lo agradezco —rió ella—. Desde el primer momento me pareciste un hombre amable, Norval.

—Lo soy.

—Sin embargo, veo dos pistolas en tu cintura.

—Oh… Bueno, es una truculencia que me ha parecido divertida. En realidad, yo estoy convencido de que no voy a necesitarlas.

—Una buena idea —musitó el elegante Herbert Rydleton— sería devolver esas armas a sus propietarios, señor Makely.

El hombre del FBI alzó las cejas, como si aquella idea no se le hubiese ocurrido.

—Es cierto… —admitió—. Tengo la impresión de hallarme entre amigos. Y entre amigos no son necesarias las armas. Muchachos,

esto es de ustedes.

Tendió las dos pistolas a los marinos, por la culata, muy cortésmente. Los dos se apresuraron a tomarlas, y se quedaron apuntando a Makely, hosca la mirada. Pero una elegante seña del propietario del yate envió fuera del confortable *living yacht* a los disgustados tripulantes.

El
G-man
se quedó mirando a Rydleton, y Margaret Larsen, tras una suave carcajada, lo señaló.

—Te presento a Herbert Rydleton, Norval. Es el amigo de que te hablé, propietario de este yate.

—Ya he sido informado de eso. ¿Cómo está usted, señor Rydleton?

—Siéntese, señor Makely. ¿Quiere tomar algo?

Norval se sentó en uno de aquellos silloncitos y asintió con expresión agradecida.

—Tomaría cualquier cosa que no tuviera alcohol, desde luego. Q que tuviera muy poco.

—¿Te parece bien una tónica con vodka? —sugirió dulcemente Margaret.

—Con muy poco vodka. —Te lo serviré.

Se puso en pie y fue hacia el bar. Makely miró a todos lados, con expresión entre admirativa y envidiosa.

—Bien, bien, bien… Tiene usted un hermoso yate, señor Rydleton. Aunque quizá debería escoger mejor su tripulación. Sus modales son desagradables.

Es posible. Pero entiendo que usted supo… convencerles de que debían ser más corteses.

—Pues sí… ¡Si, eso es exactamente! —rió.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Margaret—. Samuels y Wilkes no son de los que aceptan lecciones de urbanidad, querido.

—Me temo que fui un poco rudo. Es que yo tampoco soy demasiado educado, ¿sabes? Me entra una especie de calambre en el estómago cada vez que me apuntan con una pistola. Quizá sea recuerdo del balazo que recibí en las tripas no hace mucho. Se puede decir que estoy vivo de milagro… Por eso, cuando me apuntan con una pistola, es como si notara aquella bala en el

vientre, y… me pongo nervioso. A nadie le gusta recibir un balazo.

—Dinos cómo lo hiciste.

—Pues… Les di un par de golpes a cada uno. Oh, fue muy sencillo, en realidad. Incluso hubo un momento en que tuve la impresión de que el cometido de esos muchachos era, precisamente, dejarse vapulear. Luego, los tiré al mar, por la borda. Y nos vinimos aquí.

—Eso es lo importante —dijo Rydleton—, que esté usted aquí.

—Son puntos de vista —dijo el
G-man,
aceptando el vaso que le tendía Margaret—. Gracias, preciosa. Emm… Como le decía, señor Rydleton, son puntos de vista. El mío es que, si bien estoy aquí, es porque a mí me ha dado la gana, no porque usted haya ordenado que me trajesen ahora. Quizá le parezca demasiado quisquilloso, pero…

—Señor Makely —interrumpió secamente Rydleton—, si lo que ha querido demostrar es que usted es un hombre duro, ya lo ha conseguido. No es necesario que lo recalque.

—Sólo quería dejar bien sentado que tengo mal genio, señor Rydleton. Claro que —sonrió— sólo cuando es necesario. Normalmente, soy pacífico y más bien simpático. ¿No es cierto, Margie?

—¡Es cierto! —rió ella.

—De acuerdo, señor Makely. Entiendo que usted solamente hará lo que quiera hacer, aunque los demás queramos que haga otra cosa.

—Pues sí… Pero no sé si le entiendo bien, señor Rydleton.

—Quiero decir que si ahora yo me pusiese… impertinente preguntándole cosas, usted no contestaría si no… le daba la gana. Ni siquiera lo haría, aunque le hiciese pasar un mal rato. ¿No es así?

—Bien… Usted ha descrito mi carácter mejor que yo, señor Rydleton. Puedo ser amistoso o peligroso. Si me decido por ser peligroso, lo seré hasta las últimas consecuencias. Y en ese caso, dudo mucho que usted consiguiese nada de mí.

—Perfecto. ¿Sabe por qué le he mandado…, suplicado venir?

—No tengo ni la menor idea —sonrió irónicamente el
G-man.

—¿No? Pues entonces iremos al grano. Le ofrezco veinte mil dólares por decirme el nombre de una persona.

—Aceptado. ¿Puedo ver el dinero?

Herbert Rydleton se quedó mirando fijamente al hombre del FBI durante unos segundos. Parpadeó luego, como sorprendido de verdad. Por fin, se puso en pie y salió del confortable salón del yate, sin haber dicho una sola palabra.

—Espero no haberlo molestado —comentó Makely.

No lo has molestado —sonrió Margaret—. ¿Sabes una cosa, Norval querido? A cada segundo que pasa me vas gustando más. No sólo eres un gran tipo atlético y guapo, sino que tienes una cabeza bien llena de materia inteligente.

—Debe ser por herencia. Oye, está muy bueno esto de la tónica con vodka. Creo que me acostumbraré. ¿Cuál es la proporción de ambos líquidos?

—Una botellita de tónica y media pulgada de vodka.

—¡Qué estupendo! Dime, ¿el señor Rydleton es amigo tuyo… nada más?

—Nada más.

—Ah, bueno.

—¿Temías que se sintiese disgustado por llamarte querido?

—Psé… En realidad estaba pensando que, aunque con veinte mil dólares no puedo comprarme un yate, quizá entre los dos encontraríamos el modo de gastarlos…, alegremente. Como me dijiste que te aburrías en el yate…

—¿Qué sugieres tú, para divertirnos?

—Bueno… En primer lugar podríamos irnos a Miami Beach. Aquello es… diferente, ¿no crees?

—Sí. Es diferente. Y con veinte mil dólares…

Herbert Rydleton regresó, llevando un formidable fajo de billetes de cien dólares, que tiró a las manos del
G-man,
siempre sin decir una sola palabra. Makely cogió al vuelo el fajo, e hizo pasar los billetes entre sus dedos como si estuviese manejando una baraja.

—Demonios…

—Ya está viendo el dinero, señor Makely. Ahora, dígame ese nombre.

—*Okay*: Abraham Lincoln.

Margaret se echó a reír de nuevo, pero Rydleton frunció el ceño.

—¿Se cree gracioso, señor Makely?

—En absoluto. No al menos en esta ocasión. Usted me ofreció veinte mil dólares por decirle el nombre de una persona. No me dirá que Abraham Lincoln no fue una persona. Y de nombre bien conocido, según me parece.

Rydleton lo apuntó hoscamente con un dedo.

—Escuche, Makely…

Norval se puso en pie, tirando despectivamente el fajo de billetes sobre la mesita.

—Escuche, Rydleton —cortó secamente—, no soy ningún estúpido. Por todos los demonios, ¿con quién cree que está tratando? Me pone en las manos veinte mil cochinos dólares y cree que ya lo tiene todo hecho. Yo le digo el nombre que le interesa, usted ordena que me liquiden, se queda el dinero, y luego va a por esa persona que le interesa tanto… Y todo ello gratis.

—Eres muy mal pensado, querido —comentó Margaret.

—Es posible —el
G-man
se volvió hacia ella—. Pero prefiero ser un mal pensado que un cadáver. Y otra cosa: además de mal pensado, soy muy ambicioso.

—¿Quieres más de veinte mil dólares, Makely? —musitó Margaret.

—¿Está loco? —exclamó el dueño del yate.

—Quizá. Pero yo quiero un cuarto de millón de dólares. Dólares americanos, tan perfectos y agradables como estos que me ha mostrado…

—Doscientos cincuenta mil dólares es demasiado dinero por un nombre, Makely.

Bueno… Quizá el precio le pareciese menos penoso si le dijera que puedo proporcionarle algo más que ese nombre.

—¿Por ejemplo?

—Una remesa de cocos de La Habana.

Rydleton y la pelirroja se miraron. Ella musitó:

—Ya te dije que los tenía él, Herbert. No estaban, en la lancha, pero comprendí que Norval sabe dónde están esos cocos. Es aún más listo de lo que pensamos.

—Muchas gracias —dijo Norval.

—Me vigilaste cuando bajé a buscar agua, ¿no es cierto? —preguntó Margaret—. Y comprendiste que yo estaba buscando los cocos.

—En efecto, querida mía.

—¿Qué sabe usted de esos cocos, Makely? —Gruñó Rydleton.

—Que valen bastante más de doscientos cincuenta mil dólares. Y le diré algo más, Rydleton: usted está buscando el modo de eliminar a un competidor. Ese competidor es el jefe de los fallecidos Mike Stripling y John Regan. Sé bien que a Stripling no lo ha matado usted, pero creo que sí lo ha hecho con Regan. ¿Correcto?

—Ni siquiera sé de qué está hablando.

—¿De veras? Pues yo se lo explicaré, muy detalladamente. Hay un tipo, que era el jefe de Stripling y Regan, que se dedica a traer cocos de La Habana a Estados Unidos. Ese hombre es desconocido para usted, pero, de un modo u otro, usted supo que Stripling y Regan venían periódicamente a Apalachicola, salían de pesca en las lanchas *The Fisher* y *Mariposa*, y volvían con cocos de La Habana. Tras estudiarlos, decidió eliminar a Regan, en tierra firme, y le robó su cargamento de cocos. ¿Sí o no?

—Quizá. ¿Y respecto a Stripling? Se supone que él debía haber llegado en la *Mariposa*, con el patrón, llamado Morton Barnes, que, como Joe Simms, son empleados de una tal señorita Haddam, propietaria de ambas lanchas. Sin embargo, en lugar de llegar a Apalachicola Mike Stripling y Morton Barnes, llega usted, solo… y sin los cocos. ¿Cuál es la explicación, Makely?

—Le daré la explicación también sobre esto. Morton Barnes era un buen amigo mío. Esta madrugada me llamó a… a un lugar donde yo resido habitualmente. Me dijo que tenía la oportunidad de ganar mucho dinero, pero que precisaba mi ayuda, pues el tipo que estaba con él en el mar tenía una pistola. Me dijo que se trataba de una especie de contrabando de cocos de La Habana, cosa que me sorprendió. Pero no quiso decirme nada más, por la radio. Así que subí a mi lancha y me fui mar adentro, a la posición que él me había indicado. Por fin, vi la lancha, flotando a la deriva. La abordé, y me encontré a Barnes y a Stripling muertos. Según parece, Morton Barnes decidió liquidar por sus propios medios a ese Stripling y le arrancó medio cuello a golpes de un gancho de hierro, porque

quería quedarse los cocos de La Habana. Pero Stripling, efectivamente, estaba armado, y lo mató de dos balazos. Así que sólo encontré dos cadáveres en la lancha. Bueno, dos cadáveres y un par de docenas de cocos de La Habana. Si usted, Rydleton, me hubiese pedido simplemente los cocos, yo habría pensado que usted era el jefe de Stripling y Regan. Pero como sólo me ha pedido un nombre, entiendo que lo que realmente desea es eliminar al hombre que recibe los cocos de La Habana que Stripling y Regan recibían de la lancha *Olas Rojas*… ¿Qué le parece mi explicación, Rydleton? ¿Cómo sabe usted que esos hombres se llamaban Regan y Stripling?

—Porque un tal Joe Simms, que era el patrón de la lancha *The Fisher*, había comentado con Morton Barnes lo extraño de aquellos dos clientes que ya por tres veces se encontraban la lancha cubana *Olas Rojas* en alta mar y cambiaban pescados por cocos de La Habana. Y Morton me lo dijo a mí por la radio.

—Creí que Morton Barnes le había dicho muy poca cosa por la radio…

—Poca cosa en cuanto a los cocos… o su contenido. Pero lo suficiente respecto a lo demás.

—Está bien. ¿Y los cocos?

—¿Y los doscientos cincuenta mil, señor Rydleton?

—Los tendrá.

Norval Makely acabó el vodka-tonic de un trago.

—Cuando los tenga, yo tendré los cocos.

—Y el nombre de mi competidor.

—También, señor Rydleton… También.

—Espero que los cocos estén en lugar seguro.

—Lo están. Pero, en realidad, calculo que eso debe ser una bagatela para usted. Lo que sí le interesa muchísimo es el nombre del competidor, para eliminarlo.

—Makely, ¿se da cuenta de que ésta es una conversación muy… comprometedora?

—¿Qué quiere decir?

—Que suponiendo que fuese cierto que yo he ordenado matar a alguien, usted se está convirtiendo en mi cómplice, por no delatar ese hecho a las autoridades.

—Señor Rydleton, Tas autoridades no me iban a dar a mí nada menos que doscientos cincuenta mil dólares. Y usted, sí… ¿O no?

—Mañana los tendrá.

—Perfectamente. Pues mañana tendrá usted los cocos y el nombre que le interesa. ¿Puedo llevarme los veinte mil éstos, como un pequeño anticipo?

Herbert Rydleton entornó los ojos. Pero, de pronto, por primera vez en la entrevista, sonrió como divertido.

—Desde luego, Makely. Ya son suyos.

—Gracias —el
G-man
los metió bajo la cazadora azul marino, mirando sonriente a Margaret Larsen—. Te invitaría a cenar, querida, pero temo que mi compañía no sería de tu agrado.

—¿Por qué no? —Pareció sorprenderse la pelirroja.

—Porque ya no tienes que fingir conmigo. Las cartas están sobre la mesa, y puedes ahorrarte llamarme «querido», cenar conmigo o dar un paseo en lancha. Tampoco creo que te gustase pasar unas semanas conmigo en Miami Beach, así que… se acabó la comedia. Hasta mañana. Ya sabe dónde está mi lancha, Rydleton. Cuando tenga el dinero, vaya allá, o envíeme a buscar. Pero envíe un muchacho que sea educado. ¿Algo más?

—Nada más, Makely.

—Entonces, hasta la vista.

Dio media vuelta y se dirigió a la salida del saloncito…

—Norval.

Se volvió y esperó a la pelirroja, que se acercaba a él lentamente, sonriendo de un modo muy especial. Cuando llegó ante el agente del FBI, le echó los brazos al cuello y, sin más preámbulos, le besó en los labios, fuertemente, hasta que se quedó sin aliento, o poco menos, ya que pareció tener muy escasísimas fuerzas para musitar:

—Me gustas.

—No me sorprende —sonrió el
G-man.

—Oh, deja ya de ser irónico… Esto no tiene nada que ver con los asuntos de Herbert. Tendrás tu dinero, él tendrá sus cocos y el nombre de esa persona… Muy bien, mejor para vosotros. Pero a mí lo que realmente me interesa eres tú.

—Estoy emocionado, querida.

La pelirroja le pasó un dedito por la agresiva barbilla, mimosamente.

—¿Quieres que sea yo quien te lleve el dinero, o quien vaya a buscarte?

—Vaya… ¡Excelente idea! Así no habrá polémicas, ni peleas.

—Y de nuevo estaremos solos —susurró Margaret.

—La emoción va a acabar conmigo —sonrió el G-man—. Creo que si te interesa encontrarme vivo mañana, sería mejor que me dejases marchar ahora.

—Si prefieres que vaya contigo… Yo duermo bien donde sea.

—Bueno… Como no esperaba tanto cariño por tu parte, pues… Realmente, Margie, yo pensaba que cuando me besaste, simplemente estabas haciendo un trabajo.

—Hacía un trabajo cuando buscaba los cocos. Pero no estaba trabajando cuando te besé. Ni ahora, Norval. ¿Voy contigo, y…?

—No. Adquirí un compromiso interesante, querida. En realidad, si esta noche no realizo algunas gestiones, mañana no sabría el nombre que puede proporcionarme doscientos cincuenta mil dólares.

—Oh… En ese caso, no te entretengo más. Ya dispondremos de tiempo para disfrutar ese dinero…, si sigues pensando en Miami Beach.

Lo volvió a besar, acariciando con sus finos deditos la nuca del federal, que notó cómo se le ponía de punta la cabellera. La apartó, lanzó un resoplido y salió del saloncito.

Margaret Larsen fue a sentarse en su silloncito, y encendió otro cigarrillo.

—Nos ha salido un hueso muy duro, Herbert.

—Demasiado. Y está muy bien informado de todo.

—Pero no sabe lo de los cocos. De lo contrario, quizá se iría con ellos… y con los veinte mil dólares que le has anticipado.

—¡Bah! Todo eso es una miseria, comparado con el negocio en toda su extensión. ¿Qué importa un millón más o menos? Lo que sí importa es encontrar a ese idiota que se dedica a pasar la mercancía en cocos, como si el pescado no hubiese dado buenos resultados hasta ahora. Cuando le ponga la mano encima va a lamentar haberse metido en negocios cuya exclusiva tiene Herbert Rydleton.

—De acuerdo, le daremos ese escarmiento… definitivo. Pero si reflexionas detenidamente, te darás cuenta que el asunto de los cocos es mejor que el del pescado. Para colocar la mercancía en el pescado, hay que pescar primero… Eso quiere decir que la mercancía la sacamos de La Habana sin protección visual demasiado buena. En cambio, en los cocos, todo está bien preparado y oculto desde el primer momento… Hay que admitirlo, Herbert: el truco es excelente.

Herbert Rydleton sonrió secamente.

—De acuerdo, admitido: el truco es excelente. Mejor que el del pescado, es cierto. Por tanto, más motivo para eliminar a ese desgraciado que se atreve a competir conmigo, y quedarme con su bien inventado truco de cocos de La Habana.

—¿Y respecto a Norval Makely?

—Bueno… Veamos hasta dónde puede sernos útil. Eso, suponiendo que sea verdad que tiene los cocos y que sabe o sabrá el nombre del competidor.

—Mientras tanto, sería conveniente que te procurases los doscientos cincuenta mil dólares que pide.

—¿Por qué no? Todos los condenados a muerte tienen derecho a un último deseo…

CAPÍTULO VIII

Era una casita más bien pequeña, pero con un bonito jardín lleno de flores y dos altísimas palmeras. Además, había un árbol de mimosa, que destacaba como una mancha amarilla resplandeciente. Una vallita blanca rodeaba el jardín, y desde la pequeña puertecilla partía un corto sendero hacia el porche de la casa.

En el porche había una mecedora, más flores y un farol de luz azul. Parecía una casita de muñecas, todo limpio, todo ordenado en el jardín, en el porche… Se veían las blancas persianas oscilando ligeramente bajo la brisa, que circulaba por las abiertas ventanas.

Pero no se veía luz más que en una de las ventanas.

Ni siquiera tuvo que tocar el timbre.

La puerta se abrió, y Loretta Haddam apareció en el umbral, excitada y turbada a la vez. Llevaba un vestido corto, escotadísimo y sin tirantes. Seguramente, la espalda debía tenerla muy fresquita, sin una pulgada siquiera de ropa. El vestido era de color azul pálido, de modo que le sentaba espléndidamente a sus rubios cabellos, a su dorada piel… El Gman se quedó verdaderamente maravillado ante la dulce belleza de la muchacha.

—Hola —masculló.

—Yo… te vi venir por la ventana… de la cocina.

—¿Eso quiere decir que me esperabas con impaciencia?

—Sí…

Norval entró en la casita, cerró la puerta y soltó otro gruñido.

—Creo que soy un poco tonto —dijo.

—¿Por qué? —musitó la muchacha.

—Bueno, yo —sacó la mano que hasta entonces había tenido a la espalda, mostrando un ramito de flores— te compré unas flores.

—¿Y por eso eres tonto? —sonrió ella.

—Creo que sí. Toda tu casa está rodeada y llena de flores. Es como… como convidar a *whisky* a un fabricante de *whisky*.

Ella tomó las flores, las olió, mirando siempre sonriente al
G-man
y dijo:

—Son muy bonitas… Además, no tenías por qué saber que vivo rodeada de flores.

—Claro… En realidad, Loretta, no sé nada de ti.

—¿Nada? ¿Absolutamente nada?

—Oh, un par de cosas, por supuesto: que tienes dos lanchas que dedicas a alquiler, y que eres muy bonita. Quizá deba añadir una tercera: que eres sorprendente.

—¿Sorprendente? ¿En qué? ¿Por qué?

—Pues… Francamente, sé que soy un tipo más bien guapo y no poco impresionante, pero jamás me había resultado tan fácil… y tan agradable conseguir que una chica me invitase a cenar en su casa o en su apartamento.

—Y, además, me besaste.

—Emmm… Sí… Sí, así fue, si no recuerdo mal.

—Y dijiste que el próximo episodio sería a las ocho.

—Sí… Ciertamente.

¿Qué hora es?

—Las… las ocho, sí, desde luego.

—¿Y bien?

Una cosa era segura: fuese o no fuese en serio el asunto, la linda muchacha no iba a achicar a un agente del FBI. Ah, no aquello no, desde luego. De modo que Norval Makely se acercó el corto paso que le separaba de la muchacha, la tomó por la cintura y, mientras una de sus manos ascendía por la desnuda espalda, la besó tomándose en serio la situación. Ella también debía estar tomándoselo en serio, porque la devolución, la exacta correspondencia a la caricia, llevó sonido de campanas a la cabeza del federal, que otra vez notaba el fortísimo latir del corazón de la muchacha contra su pecho. Y en la mano izquierda, que se apoyaba en la espalda de Loretta Haddam, a la altura de tan estrepitosa víscera cardíaca.

—Bueno —murmuró luego roncamente Makely—. Espero que este segundo episodio no te haya defraudado.

—Me ha gustado más que el primero, Norval.

—Bien… Ah, muy bien… ¡Demonios, debo estar soñando!

Loretta Haddam rió quedamente y tomó una mano del federal, llevándolo hacia el interior de la casita.

—No veo por qué te sorprendes tanto… Yo no soy una chica de ideas complicadas, Norval. Me gustaste cuando te vi, y me gustaste más aún cuando me besaste. Quizá te parezca una chica un poco loca, o una descarada, o algo por el estilo… No sé. Pero pescando se aprenden muchas cosas.

—¿Pescando…? —se asombró Makely.

—Yo salía muchas veces de pesca con mi padre. Y él siempre decía que cuando se ve la pieza hay que ir a por ella sin vacilaciones, empleando todos los recursos. Según qué clase de pesca se lleva a cabo, hay que poner una carnada u otra… Depende. Lo importante es conseguir la pieza, el pez. Y para ello nada mejor que poner la carnada que le corresponde.

—¿Me estás comparando con un pez? —masculló el
G-man.

—En cierto modo, sí —rió ella, apretándole una mano—. Cuando me besaste empecé a pensar qué carnada sería la mejor para ti…., ¿por qué no ponerte la carnada adecuada? Nada de actitudes hipócritas. ¿Querías cenar conmigo? ¡Estupendo! ¿Querías volver a besarme? ¡Maravilloso! ¿Querrás volver a besarme, querrás que continuemos viéndonos…? ¡Encantada!

El agente del FBI soltó un resoplido.

—Por todos los demonios… ¡Y yo que creía que no podía ocurrirme ya nada nuevo!

—¿Vas a reprocharme que sea sincera, Norval?

—Bueno… ¡No! No, desde luego… Yo… Oh, muy bonito todo…

Estaba contemplando el pequeño comedor, separado de la cocina por dos puertas batientes. En la mesa se veían dos velitas encarnadas y algunas flores. El cristal de las copas brillaba limpiamente a la luz eléctrica. Pero por poco tiempo. Loretta se acercó, encendió las velitas y apagó la luz eléctrica. Al volverse, se encontró en los brazos del Gman, que la miró fijamente, con desconcertante intensidad.

—¿Quizá te interesaría… un tercer episodio, Loretta?

Te lo diré más claramente: me gustaría que esta obra jamás

tuviese último episodio, Norval.

—Estoy desconcertado…

—¿Por qué? ¿Te parezco una chiflada?

—No… No, no… Me pareces la chica más normal y natural que he conocido, ésa es la verdad…

La volvió a besar. Era una delicia… Algo en verdad nuevo. No era la primera vez que el

G-man

besaba a una mujer, pero, besando a Loretta Haddam, se preguntó si las otras habían tenido en ningún momento la posibilidad de… convencerlo. La diferencia era tan notable, que habría amanecido si Loretta no se hubiese separado, suspirando profundamente.

—¿Qué te gustaría cenar? —susurró.

—No sé… ¿Qué más da? Estoy seguro de que también en eso habrás sabido escoger la camada adecuada.

* * *

—¿Algunas preguntas? —sonrió ella—. ¿Sobre qué, Norval?

—Sobre tus lanchas, sobre tus empleados… Sobre todo este asunto de los cocos de La Habana.

El gesto, de ella se ensombreció.

—Norval, ¿has cenado conmigo sólo para hacerme preguntas?

—Digamos que aprovecharé haber cenado contigo para hacerte algunas preguntas. Espero que captes la diferencia. Ven.

Se levantó de la mesa, fue al *living* y se dejó caer en el sofá. Ella se sentó a su lado, y el

G-man

rodeó su cintura con un brazo y la besó en una orejita.

—Loretta, quiero que sepas la verdad. Mi primera presa, al empezar este asunto, eras tú. Cuando te conocí en la *Mariposa*, supe que me había equivocado. Pero pensé que quizá sabrías cosas que pudieran interesarme, de modo que por eso «me invité». Quiero que entiendas que estoy trabajando, y que sólo por eso puedo permitirme la satisfacción de estar contigo esta noche.

—¿Quieres decir que cuando termines este trabajo… ya no te veré más? —Palideció ella.

—Quiero decir que cuando un agente del FBI está en pleno trabajo, no puede ni debe distraerse con nada. Yo te haré ahora

algunas preguntas, y luego me iré. Y ya no podré dedicarme a ti hasta que mi trabajo haya terminado.

—¿Quieres decir que primero has de cumplir con tu deber…, pero que volverás a mí?

—Exactamente. Pero no puedo distraerme ahora.

El color volvió al rostro de Loretta Haddam.

—¿Qué preguntas quieres hacerme?

—Sobre un hombre llamado Herbert Rydleton, propietario del yate *Liberty*, que está anclado en el embarcadero… ¿Lo conoces?

—No.

—Supongo que recuerdas bien a John Regan y Mike Stripling, esos dos clientes tuyos que han muerto. ¿Alguna vez los viste con alguien?

No… No creo. Lo recordaría, Norval.

—La mujer pelirroja que está en el *Liberty* se llama Margaret Larsen. ¿Tampoco la conoces?

—No creo haberla visto nunca. Y el nombre no me es conocido.

—Parece que no voy a tener suerte… Respecto a Morton Barnes y Joe Simms…, ¿alguna vez te pareció que hacían algo raro? Quiero decir si te pareció que utilizaban la lancha para algún asunto personal que no comprendías, o algo así.

—No… No, no. Estoy segura.

—¿Y a un tipo llamado Broderick Varley? Está alojado en el Pelikan Hotel. Es gordo, estrafalario, calvo, coloradote… Y está muy quemado por el sol, casi diría que llagado, por imprudencia. Es toda una facha.

—Tampoco lo conozco… Oh, Norval, lo siento…

—Bueno, no estás obligada a solucionarme el caso —refunfuñó el
G-man
—. ¿Tampoco sabes nada de los cocos de La Habana?

—No, lo siento.

—Bien… Parece que tendré que ir de pesca a ciegas.

—No te comprendo.

—Quiero decir que cuando no se conoce una de las piezas, hay que poner una buena carnada. ¿No estás de acuerdo?

—Sí —sonrió Loretta.

—Pues eso es lo que voy a hacer —sonrió también Norval—. Ya

conozco una de las piezas que se interesan por los cocos de La Habana, pero ignoro quién es la otra, el competidor que quiere ser eliminado… De modo que vamos a lanzarle el anzuelo con una estupenda carnada para que pique. Espero que le gusten los cocos de La Habana… Tengo que marcharme, Loretta.

—¿Ahora? Son más de las diez… ¿Adónde tienes que ir tan tarde?

—¿Tan tarde? El horario es una cosa muy graciosa para un agente del FBI. A veces, las once de la noche puede ser demasiado pronto, y las siete de la mañana demasiado tarde. No es el horario lo que interesa, sino el trabajo. Por cierto: ¿podrías conseguirme un equipo de hombre-rana? En la *Mariposa* no hay ninguno.

—Podría conseguirte un equipo, sí… Cerca de aquí vive un amigo que también alquila lanchas en el embarcadero, y es aficionado a la pesca submarina. Pero es bastante más bajo que tú, de modo que su traje de goma no…

—Sólo necesito las aletas, un fusil de aire comprimido con unos cuantos arpones sueltos y una luz para debajo del agua. Ah, y un par de tubos de aire, claro. ¿Puedes conseguirme eso?

—Espero que sí. Randy no me lo negará. Pero…

—¿Hay un «pero»?

—Bueno… El exigirá que yo cuide bien ese equipo. Querrá estar seguro de que lo cuido adecuadamente…

—Entiendo —sonrió Norval—. Y me parece estupendo. Vendrás conmigo, y te cuidarás de la lancha mientras yo bajo al fondo del mar. Pero ni una palabra de esto a tu amigo Randy. Y más vale que nos demos prisa: el inspector Gruson debe estar esperando que me comunique con él por la radio de bolsillo.

—Yo no creo que tengamos tanta prisa, Norval.

—¿No? —se extrañó él.

—Creo que deberías esperar no menos de un par de horas antes de tirarte al agua, a menos que quieras arriesgarte a tener dificultades con tu digestión.

—Demonios… No había pensado en eso.

—Yo, sí. Y se me ocurre que podríamos estar paseando en la lancha, a la luz de la luna, hasta que puedas bajar al fondo del mar.

El agente del FBI parpadeó, como maravillado.

—Espero que siempre tengas tan buenas ideas, jovencita… ¿Qué

estamos esperando?

CAPÍTULO IX

Se detuvieron los dos, un poco alejados del yate *Liberty*. El
G-man
dejó en el suelo los tubos de aire.

—Espérame aquí, Loretta. Vuelvo en seguida.

—Sí, Norval.

Makely fue hasta el yate y subió tranquilamente la pasarela. Apenas había llegado arriba cuando uno de los tripulantes tan impecablemente vestidos de blanco apareció ante él, hosco el gesto.

—Hola —sonrió el
G-man
—. Parece que volvemos a vernos… ¿Peleamos o charlamos, amigo?

—¿Qué quiere usted? Nadie le ha llamado ahora.

—Yo soy demasiado independiente: voy y vengo cuando quiero, ya lo sabe. En esta ocasión, he venido a traerle un recado al señor Rydleton.

—Yo se lo entregaré.

—Muy bien. No tengo interés en verlo. El recado es verbal: voy a hacerme a la mar, pero no quiero que me sigan. ¿Está claro? Vaya a decírselo.

El marino dio media vuelta y desapareció en el interior del yate. Reapareció apenas un minuto más tarde, acompañado de Rydleton, que se acercó presurosamente, no muy amistoso el gesto.

—¿Es una broma, Makely? —Gruñó.

—Ninguna broma, Rydleton —replicó secamente el
G-man
—. Voy a salir dentro de cinco minutos, y no quiero que nadie me siga. Ya se han divertido bastante sabiendo que he ido a cenar con una chica. Ahora, dígale a su hombre que regrese al yate.

Se volvió, señalando hacia un punto del embarcadero en el que no se veía a nadie. —¿Se ha dado cuenta?— musitó Rydleton.

—Tengo radar. Oh, vamos, Rydleton, ya le dije antes que no soy ningún estúpido. Su hombre me siguió, ha estado esperando que yo saliese de la casita donde tenía una cita, ha vuelto a seguirme hasta el embarcadero…

—Es usted un hombre muy eficiente, Makely.

—Más que sus hombres.

—Quizá se equivoque. ¿Quién es la chica?

—Eso es cosa mía. ¿Qué es lo que le interesa a usted más, Rydleton? ¿Conocer mis trucos y resortes, o tener los cocos y el nombre de su competidor?

—De acuerdo… —masculló Rydleton—. No le seguiremos. ¿También colaboran con usted los hombres que hay en la lancha *Mariposa*?

—¿Hay hombres en la lancha?

—Tres. ¿No lo sabía? —ironizó Rydleton.

—Bueno… Los esperaba, desde luego. Pero no tan pronto.

—¿Quiénes son?

—Unos amigos que quizá me proporcionen el nombre de esa persona que a usted tanto le interesa. Ya le he dicho que tengo mis propios trucos, Rydleton.

¿Cuándo volverá?

No se preocupe por eso. Y si está pensando que, simplemente, voy a largarme con los veinte mil dólares que me anticipó, olvídelo. Es como lanzar limpio el anzuelo al mar, para ahorrarse la carnada. Desde luego, quien quiera lanzar el anzuelo vacío, ahorra el dinero de la carnada…, pero seguramente no pescará nada. Para mí, sus veinte mil dólares es una pequeñez, comparados con los que todavía tendrá que darme al amanecer.

—Makely, usted está poniendo las cosas demasiado claras, y yo voy a corresponderle. Si a las nueve de la mañana usted no está aquí con esos cocos y me facilita el nombre de mi competidor, temo que lo va a pasar muy mal. Lo encontraría fuese adonde fuese.

—No sea estúpido, Rydleton —rió el
G-man
—. Sé que de todos modos tendré que escapar de usted…, pero prefiero hacerlo con doscientos cincuenta mil dólares, no con veinte

mil. Que descanse.

Volvió la espalda al dueño del yate y regresó a tierra. Se reunió con Loretta, recogió los tubos de aire y caminaron hacia donde estaban las lanchas. Al llegar ante la *Mariposa*, el agente del FBI se volvió y vio al marino que le había recibido en el yate conversando con un hombre que hasta entonces había estado escondido. Los dos se alejaron, y el
G-man
sonrió fríamente.

Luego, se quedó mirando la lancha. Parecía que allí no había nadie, pero era natural. El inspector Gruson y dos
G-men
se habrían metido dentro haciendo lo imposible para no ser vistos por nadie. Una imprudencia innecesaria del inspector Gruson, pero había que comprenderla, ya que quizá se había alarmado al llamarlo varias veces por la radio de bolsillo y no recibir respuesta.

Afortunadamente, lo último que, al parecer, se le podía ocurrir a Herbert Rydleton, era que los tres hombres que se habían metido en la *Mariposa* y el ambicioso Norval Makely, pertenecían al FBI.

Saltó a la lancha, dejó los tubos, ayudó a Loretta a saltar también, y señaló la puertecilla que llevaba a la cabina interior.

—Vamos abajo. Te presentaré a unos amigos.

Capítulo X

Llegaron abajo sin haber oído el menor ruido. Ni siquiera una respiración. Pero Norval Makely dio la luz sabiendo que había alguien allí dentro. Frunció el ceño mientras encendía la luz, pensando ya en una crítica sarcástica hacia su jefe…

Dio la luz.

—Buenas noches, señor patrón de la *Mariposa*.

El agente del FBI quedó realmente desconcertado, casi atónito. Sentados en una de las literas había dos hombres desconocidos, pistola en mano. Enfrente, en otra litera, también sentado, un tipo que no le era desconocido. Un tipo gordo, llagado por el sol, de gran cabezota calva… Ahora llevaba unos pantalones largos, blancos, y una chaqueta azul abrochada con dificultades. Los ojos, claros y fríos, estaban fijos en el federal.

—Señor Varley… ¿Qué hace usted aquí? —musitó Norval.

El gordo y coloradote Broderick Varley señaló a los otros dos hombres.

—Le presento a los amigos que le dije estaba esperando: ellos son Darrow y Bennett. Uno de ellos le acompañará arriba mientras pone en marcha la lancha y salimos del embarcadero.

—Un momento, un momento, señor Varley —gruñó Norval—. Usted no tiene derecho a…

—Tengo derecho a todo. Ya dije que pagaría muy bien. Suba a cubierta, saque la lancha del embarcadero y luego vuelva aquí. Darrow se encargará del volante. No lo repetiré, señor patrón. La chica se quedará conmigo, desde luego.

—Le denunciaré, señor Varley. Ya le dije esta tarde que la lancha no estaría disponible hasta mañana. Quedamos en que le avisaría a su hotel…

—Quiero salir esta noche. Y no lo repetiré. Darrow: subid.

El llamado Darrow se puso en pie sin dejar de apuntar a Makely. Éste frunció aún más hoscamente el ceño, dio inedia vuelta y regresó a cubierta.

Bajó cinco minutos más tarde, evidentemente disgustado. Su primera mirada fue hacia Loretta, que parecía muy asustada, tenía los ojos muy abiertos… En ambas mejillas de la muchacha destacaban con gran claridad las huellas de unos cuantos golpes. Makely desvió la mirada hacia Broderick Varley, que sonrió afablemente.

—La señorita Haddam es reacia a explicarnos cosas de usted, señor Makely. Ah, sí, el nombre sí lo ha dicho… Pero solamente eso: Norval Makely, patrón de lancha. Sin embargo, usted no había estado por aquí hasta ahora, señor Makely. ¿Fue contratado esta misma mañana quizá?

—No han debido golpearla, Varley —susurró el federal.

—Bueno… La verdad es que me irritó un poco el mutismo de tan encantadora jovencita. Usted no me gusta, Makely… No me gusta nada. Es demasiado peligroso, no es normal.

—¿Cómo sabe que soy peligroso?

—Presencié esta tarde cómo tiraba al agua a dos hombres de Herbert Rydleton, y luego los llevaba usted a ellos al *Liberty*. Me gustaría saber qué hablaron usted y Rydleton.

Pues vaya a preguntárselo a él.

Me parece más cómodo preguntárselo a usted. ¿Y bien?

—¿Qué obtendré a cambio, Varley?

—La vida de usted y de la señorita Haddam. Me parece un buen precio… ¿No está de acuerdo?

—Si realmente lo pagan, sí.

—Deberá confiar en mi palabra, Makely. Bien, ¿qué hablaron usted y Herbert Rydleton?

—Veo que usted le conoce a él.

—En efecto. Le conozco muy bien.

—Pues él no le conoce a usted. De eso hablamos, precisamente. Rydleton me ofreció doscientos cincuenta mil dólares por encontrar al hombre que le hacía competencia en el contrabando de cocos de La Habana. Es evidente, Varley, que en cuanto Rydleton sepa esto, hará lo posible por eliminarlo.

—Falta que llegue a saberlo. Dígame una cosa, Makely: ¿cómo y por qué se ha metido usted en este asunto?

—Morton Barnes, uno de los empleados de la señorita Haddam, me llamó por radio a mi lancha esta mañana, y…

De nuevo explicó el G-man la bien urdida mentira respecto al modo en que se había visto mezclado en el asunto, dejando bien patente que todo su interés en él consistía en sacar cuanto más dinero mejor…, y en salvar la piel, naturalmente.

Broderick Varley estuvo pensativo un par de minutos antes de asentir con la cabeza.

—Entiendo… Pero de Rydleton y su gente ya me ocuparé más adelante, y les pasaré la factura por la muerte de John Regan, que tenía que haberme entregado los cocos esta mañana, a las once, en determinado lugar. Su incomparecencia me preocupó, de modo que vine a Apalachicola a ver qué ocurría. Y nada pude saber. La lancha *The Fisher* estaba en el embarcadero, y eso era todo. A las dos de la tarde debía haber llegado Stripling con otro, cargamento, pero, según parece, la codicia de ese marino llamado Morton Barnes lo echó todo a perder, se mataron uno al otro… Pero a John Regan lo mataron los hombres de Rydleton y le quitaron la mercancía… Y ahora, cuando se supone que usted conoce el paradero del segundo envío, ellos no sólo quieren esos cocos, sino que les proporciona mi nombre, a fin de eliminarme.

—Así parece. Usted no debió meterse con Rydleton quizá.

—Yo no me he metido con nadie —refunfuñó Varley—. Rydleton tiene su negocio y su propio sistema de hacer las cosas. Muy bien: yo tengo el mío. El pasa la mercancía dentro de grandes peces que pescan sus hombres, introduciéndosela en el estómago por la boca. Nadie podría sospechar que algunas de las buenas piezas que desembarcan valen a veces hasta un millón de dólares. Bueno, yo decidí utilizar los cocos de La Habana.

—Por lo que yo he entendido, Varley, usted está pisándole el terreno a Rydleton.

—Quizá… Oh, es cierto que compro la mercancía a la misma gente que él, es cierto… Supongo que eso ha hecho pensar a Rydleton que le privo de un beneficio, ya que esa mercancía que yo

coloco en Estados Unidos podría colocarla él, con el consiguiente beneficio. Pero yo no tengo por qué respetar su contrabando. Cada uno va a lo suyo.

—No creo que sus razones convenzan a Rydleton —sonrió Norval.

—Ya le he dicho que me ocuparé de Rydleton a su debido tiempo. El es grande, el mejor, el más rico… Pero si yo sigo así, pronto podré plantarle cara descaradamente, en lugar de ocultar mi identidad como hasta ahora… Y hasta es posible que lo elimine y me quede yo sólo con toda la mercancía que nos llega desde La Habana.

—¿Qué mercancía? ¿De qué se trata?

—De cocos —rió—. ¡De cocos de La Habana, Makely! Los que trajo John Regan, sé que están en poder de Rydleton, pero ya iré a pedírselos «amablemente» más adelante. Ahora, vamos a ir a buscar los que traía Mike Stripling en la *Mariposa*… ¿De acuerdo, Makely?

—¿Supone que yo sé dónde están?

—Desde luego. Además, entra en su trato con Rydleton, ¿no es así? Usted tenía que proporcionarle mi nombre y entregarle la carga de cocos que venía en la *Mariposa*. Y no me diga, Makely, que no pensaba ir precisamente esta noche a buscar esos cocos.

—Lo admito.

—Entonces, hay poco más que hablar. Vamos a por ellos, usted me los entrega, y podrá marcharse con la señorita Haddam… cuando yo haya pasado mi factura a Herbert Rydleton.

—No me crea tan tonto, Varley —musitó Makely—, sé que usted nos matará en cuanto tenga los cocos.

—Quizá —admitió el gordo quemado por el sol—. Quizá, Makely. Pero me pregunto qué otra cosa puede hacer usted sino obedecerme, esperando que cumpla mi palabra de no matarles. Ahora, vuelva arriba y lleve la lancha al lugar donde dejó los cocos.

CAPÍTULO XI

—¿Aquí? —musitó Varley—. ¿Está seguro?

La lancha se había detenido por fin, y flotaba sobre las negras aguas teñidas de luz lunar, con suave balanceo. Estaban todos en cubierta, mirando hacia donde señalaba el agente del FBI, que encogió los hombros ante la pregunta de Broderick Varley.

—Seguro. Quizá estén a cien o cincuenta yardas más lejos, pero es por este lugar. No creo que sea difícil encontrar los cocos. Están en un saco de lona.

—Muy bien: baje a buscarlo.

—¿Ahora? —exclamó Makely.

—Desde luego. Observo que se ha procurado una luz submarina.

—Pe… pero yo había pensado bajar cerca de la madrugada… ¡No puede obligarme a bajar ahora, Varley!

—Me parece que sí puedo, Makely. No me venga con tonterías… Usted está esperando ganar tiempo, no sé para qué. De modo que lo haremos ahora, inmediatamente. Tiene usted de todo, lo ha preparado muy bien: tubos de aire, cuerda de plástico para atar el saco y subirlo, luz submarina… De modo que baje ahora mismo, o bajará de otro modo, y serán mis hombres quienes recogerán los cocos al amanecer.

—Pero si ellos bajarían al amanecer, también puede esperar a que sea yo quien baje entonces…

—Ahora, Makely. No lo repetiré.

Norval miró a Darrow y Bennett, que le apuntaban con las pistolas. La perspectiva de ser enviado al fondo del mar con unos cuantos plomos en el vientre era mucho menos agradable que bajar a las tenebrosas profundidades con tubos de aire.

—De acuerdo —masculló.

Estuvo preparado en menos de cinco minutos. Se sentó en la borda y señaló el fusil de aire comprimido con los arpones, que sostenía Varley.

—Quizá lo necesite. Si hubiese algún tiburón…

—Lo dudo, Makely. Pero de todos modos le tiraré el arpón cuando usted esté ya en el agua. Y no haga tonterías. La chica pasaría muy mal rato… antes de morir, si usted no cumple bien su parte… ¿Lo entiende?

Makely miró a Loretta, que estaba junto a él, con una manita apretando un brazo del G-man, crispado el rostro.

—Lo entiendo, Varley —musitó Norval—. De acuerdo.

—Y otra cosa. Cada tres minutos, usted dará dos tirones de la cuerda de plástico que se ha atado a la cintura, de modo que aquí arriba, en el extremo que sujetaremos nosotros, los notemos claramente. Si transcurren tres minutos sin que notemos ese tirón, pensaremos que usted ha sido muy listo, y que pretende escapar. Lo primero que haríamos entonces sería matar a su novia, o lo que sea… Y luego estaríamos buscándolo, hasta que usted saliera. Recuerde que sólo tiene aire para una hora. Y si era tan listo que no le importaba la vida de su novia, y además conseguía escapar, lo encontraríamos más adelante. ¿Todo entendido?

Makely dejó de mirarlo. Acarició una mano de la muchacha.

—No te preocupes —musitó—. Todo irá bien, Loretta.

Le dio un besito en los labios y saltó al agua. Se puso la boquilla del tubo de aire, se colocó los lentes y batió palmas, esperando el fusil con el juego de tres arpones encajados en los pequeños soportes del tubo. El propio Broderick Varley se lo dejó caer, horizontal, y se apartó en seguida de la borda, como temiendo que el G-man se ocupase en lanzarle un arpón.

Pero no fue así.

Norval Makely se colgó el fusil del cinturón de plomos, encendió la linterna submarina… y desapareció bajo las aguas, por detrás del chorro de luz que se dirigía hacia el tenebroso fondo.

Broderick Varley señaló a Loretta Haddam.

—Atadla bien y dejadla a la vista. Y en cuanto Makely dé los seis tirones que indicarán que el saco está atado a la cuerda, preparaos para matarlo en cuanto aparezca en la superficie.

Loretta lanzó una exclamación de espanto al oír esto, y su reacción sorprendió a los tres hombres. Se tiró contra Varley con las manos por delante, y sus finas uñas marcaron unas profundas estrías en el grasiento rostro del contrabandista de cocos de La Habana, que lo derribó de un violentísimo golpe, aullando de rabia. Loretta rodó por la cubierta, pero se puso en pie inmediatamente, y, para asombro de todos, insistió en atacar a Varley, lanzándole un nuevo zarpazo que estuvo a punto de arrancar un ojo al gordo contrabandista, que en su retroceso espantado tropezó y cayó de espaldas. Darrow se colocó detrás de la muchacha y la golpeó con la pistola en la cabeza, derribándola como fulminada, dejándola inmóvil sobre la cubierta.

Broderick Varley se puso en pie, jadeando todavía de espanto ante el segundo zarpazo de la muchacha.

—¡Maldita perra…! ¡La voy a…! —La golpeó con un pie en un costado, cerca del vientre, pero Loretta no se movió, no reaccionó —. ¡Ya me ocuparé de ella cuando hayamos acabado el trabajo! ¡Atadla! ¡Y no la perdáis de vista!

CAPÍTULO XII

Cuando abrió los ojos, vio a los tres hombres de espaldas a ella, asomados a la borda, impacientes. Los distinguía perfectamente, a la luz de la luna. Una noche clarísima, muy apta para navegar… Y más aún si el paseo en lancha se hacía con la persona amada.

Sólo que, evidentemente, el romántico paseo con el agente del FBI que la había enamorado apenas verlo, ya no se realizaría jamás… Intentó ponerse en pie y cayó de lado al querer ayudarse con las manos. Recordó que Varley había ordenado atarla antes de pronunciar la sentencia de muerte contra Norval.

Bennett se volvió a mirarla.

—Ya ha despertado.

—Dejadla ahora… ¿Han pasado otra vez tres minutos, Darrow?

—Casi cuatro. Ese tipo listo quizá… ¡Eh! Vuelve a dar los tirones…

Fueron bien perceptibles para los tres, como en las siete anteriores ocasiones. Al parecer, Makely tenía dificultades para encontrar el saco con los cocos. Al fondo, veían la luz, moviéndose de un lado a otro.

—Parece que no tiene intenciones de escapar —rió Bennett—. La chica debe ser importante para él. Si fuese yo el que estuviese ahí abajo, ya me habría largado. Sólo tiene que apagar la linterna y marcharse… Al menos, por el momento, se habría salvado.

—Desde luego, ese Makely tiene agallas —murmuró Darrow—. Yo no habría bajado ahí, de noche, por nada del mundo. Los tiburones quizá busquen aguas más… ¡Eh!

¡Vuelve a dar tirones! ¡Y no ha pasado ni un minuto!

—¡Cuéntalos! —exclamó Varley.

—Dos… Tres… Cuatro… Cinco… ¡Lo tiene! ¡Ha encontrado el

saco con los cocos!

—Si da los tirones convenidos, es que incluso lo tiene atado a la cuerda de plástico —murmuró Bennett.

—¡Tira de la cuerda! —ordenó Varley—. ¡Ayúdalo, Bennett!

Los dos comenzaron a tirar de la cuerda, mientras Varley miraba hacia el negro mar manchado de plata, en cuyo fondo se veía la luz de la linterna, oscilando.

Finalmente, el saco de lona apareció en la superficie, como una mancha, un bulto brillante de agua plateada. Más abajo se veía la luz de la linterna, subiendo, al mismo ritmo del saco. Broderick Varley apartó a Bennett, tomando él la cuerda para ayudar a Darrow.

—Mátalo… —dijo—. Darrow y yo subiremos el saco. En cuanto ese tipo salga a la superficie, mátalo.

—¡Norval! —gritó Loretta—. ¡No salgas, van, a matarte…!

—¡Maldita idiota! —masculló Bennett—. ¡Le voy a meter una bala en las…!

—Déjala. Makely no puede oírla, estando bajo el agua. Que grite lo que quiera. Ocúpate exclusivamente de Makely, que va subiendo con la linterna todavía encendida.

Loretta continuaba gritando, mientras Darrow y Varley tiraban del saco. Bennett, pistola en mano, esperaba la aparición del hombre del FBI en la superficie. La luz seguía subiendo, subiendo, subiendo…

—Está muy cerca —jadeó Varley, empujando el saco hacia cubierta—. Ten cuidado con él, Bennett, Recuerda que no es un tipo normal, sino peligroso.

—Yo me encargo de llenarlo de plomo, descuide…

El saco cayó en cubierta. Varley y Darrow se apresuraron a arrodillarse junto a él, empezando a desatar la cuerda que cerraba la boca. Todavía inclinado sobre la cubierta, tenso, Bennett miraba ahora no poco desconcertado la luz de la linterna, que se había detenido entre dos aguas, a unas siete u ocho yardas de profundidad.

—Se ha detenido —musitó.

—Debe estar esperando la descompresión —sugirió sensatamente Darrow—. No lo pierdas de vista. Saldrá antes de un par de minutos.

—Sí… Claro…

Loretta Haddam ya no miraba hacia los tres hombres. Había dejado de gritar, y ahora su mirada estaba desorbitadamente fija en la borda opuesta, sobre la cual acababa de aparecer, silenciosamente, una figura chorreante, sujetándose con los codos. Miró hacia donde Bennett apuntaba al agua con su pistola, a Varley y Darrow inclinados sobre el saco… Volvió a mirar a aquella forma humana brillante de agua, como bañada en plata. En un par de segundos, aquella forma humana quedó en cubierta. La gigantesca estatura del silencioso nadador no admitía lugar a dudas. En su mano derecha brillaba también el largo fusil acuático, con un arpón listo para ser disparado.

—Será mejor que no se muevan —dijo aquella especie de fantasma.

Los tres hombres lanzaron un alarido de sobresalto. Darrow y Varley parecieron quedar petrificados junto al saco, todavía arrodillados. Bennett se volvió rápidamente, gritando de sorpresa y de miedo, porque fue el que mejor comprendió la situación auténtica. Su pistola se movió, se orientó hacia el chorreante fantasma…

¡Fffssss…!

El arpón silbó en el aire, y en seguida se oyó el blando choque del hierro contra la carne. Bennett lanzó un agudo grito, soltó la pistola al tiempo que salía disparado hacia atrás, para rebasar la borda y caer al mar, con ambas manos crispadas en el mástil del largo arpón clavado en el centro de su pecho.

—¡Está desarmado! —gritó Varley—. ¡Darrow, dispárale ahora…!

Darrow se estaba incorporando velozmente, llevando la mano a la cintura, donde tenía la pistola. Llegó a tocarla, eso sí… Pero eso fue todo. Ante él, en la borda opuesta, el gigantesco agente especial del FBI lanzó el segundo arpón, ahora a mano, pues de antemano sabía que no tendría tiempo de recargar el fusil de aire comprimido. Todo estaba previsto… Su fuerte brazo lanzó el arpón como si se tratase de una jabalina, con una potencia escalofriante.

Darrow se encontró todavía en pie, pero olvidado de su pistola, mirando desorbitadamente el arpón clavado en su vientre. Abrió la boca para decir algo, pero algo gorgoteó en su garganta, y el chorro

de sangre brotó impetuosamente, mientras él caía de bruces, crispadas desesperadamente sus manos en la fina lanza de aluminio especial que atravesaba su vientre.

Broderick Varley se tiró, chillando de terror, hacia la pistola de Darrow, que había caído en cubierta. Su mano llegó casi a tocar el arma. Casi a tocarla, porque cuando los dedos se disponían a tomarla, el tercer arpón salió disparado por el potentísimo brazo del federal, y la punta enroscada se clavó en el dorso de la mano de Varley, y luego la clavó en cubierta, con seco golpe.

Ahora, el alarido de Broderick Varley fue espantoso, muy demostrativo del intenso dolor que nacía en su mano clavada en las tablas de la cubierta y recorría todo su cuerpo en frías oleadas nerviosas que lo estremecían. El
G-man
se llegó calmosamente hasta él, estuvo mirándolo tres o cuatro segundos y, de pronto, arrancó el arpón de la cubierta, pero no de la mano de Varley, pues la pestaña impedía quitarlo de allí. Siguiendo la tracción del federal, Varley se puso en pie, gritando como si le estuviesen arrancando las uñas una a una.

—Se lo dije, Varley —deslizó gélidamente el
G-man
—, no debió golpear a Loretta.

Bajó el arpón, y Broderick Varley tuvo que inclinarse, siguiendo la cruel orden física. Una rodilla del
G-man
se clavó como un cañonazo en el voluminoso vientre, y en seguida, tras soltar el arpón, la mano derecha golpeó, con seco y corto trallazo, en la boca del contrabandista de cocos de La Habana, que perdió el conocimiento de un modo fulminante.

Norval Makely se acercó a la aterrada Loretta y la desató rápidamente.

—¿Estás bien?

—Norval, ellos… ellos querían matarte…

—Lo sabía. Pero ya ves que les ha salido mal… ¿Tú estás bien, jovencita?

—Sí… Sí, estoy bien… Es… es horrible todo esto, Norval…

—Aproximadamente horrible. He conocido asuntos más escalofriantes. ¿Quieres dedicarte a recoger las armas que veas por

aquí?

—Sí… Sí, sí.

Makely le dio un cariñoso pellizco en la barbilla y la ayudó a ponerse en pie. Luego, fue a la borda y miró hacia donde se veía la luz de la linterna. Sonriendo secamente, tiró del fino hilo de nylon que sostenía atada la linterna al saco de cocos, de tal modo que, a medida que éste era izado, subía también la linterna. Por fin, la encendida linterna estuvo en sus manos. La apagó y la dejó en cubierta. Le había resultado muy útil, ciertamente. Y, en realidad, todo había sido más fácil de lo que había pensado. Había atado la linterna, encendida, al saco de cocos. Luego, había dado los seis tirones convenidos, y, al ser subido el saco, la linterna había subido detrás produciendo la impresión de que era él mismo quien subía, como un tonto dispuesto a dejarse sacrificar. Pero, mientras la linterna atada al saco subía, él había decidido subir a la lancha por el otro lado, y…

—No eran demasiado listos, desde luego.

—Norval… —Se acercó Loretta—. Sólo he visto una pistola…

—Está bien. Quédatela. Dame las cuerdas que te ataban a ti, ¿quieres?

Ella se las entregó, y el
G-man
ató sólidamente a Broderick Varley, único superviviente del grupo que quería los cocos de La Habana. Después, el
G-man
señaló el volante de la lancha.

—Supongo que sabes conducirlo.

—Sí… Sí, claro…

—Pues vamos hacia la costa. Pero no hacia Apalachicola sino hacia Eastpoint, ¿entendido?

—Sí, Norval.

—Muy bien. En seguida me reúno contigo.

Dejó a la muchacha encargada de la lancha. Cuando ésta se ponía en marcha, él estaba ya en la cabina, sacando su pistola y la radio de bolsillo del escondrijo. Accionó inmediatamente la radio.

—¿Señor?

—¡Norval! —Se oyó casi un alarido por parte de Gruson—. ¿Qué está pasando? Te he llamado varias…

—He conseguido una buena pesca, señor. ¿Puede usted esperarme en la playa, a una milla al este de Eastpoint?

—Mmm… Sí. Sí, desde luego. ¿Qué ha ocurrido? Me han dicho que entraste en la lancha, pero como no me has llamado…

—Tenía visitas a bordo, señor.

—¿Visitas a bordo?

—Así es. Mis compañeros me vigilaban tan de cerca que, según entiendo, se olvidaron lié vigilar la lancha *Mariposa*. Y me encontré dentro a tres tipos que…

* * *

—¿Creíste que era yo y dos de los muchachos? —farfulló Joshua Gruson.

—Sí, señor. Quizá fue una tontería por mi parte, pero eso es lo que pensé.

—Bien… Creo que resulta lógico, Norval. De todos modos, tienes razón: te protegían tan de cerca que olvidaron vigilar la lancha *Mariposa* durante tu ausencia. En fin…

Se quedaron los dos mirando hacia la *Mariposa*, de la cual cuatro agentes del FBI estaban desembarcando, en la solitaria playa, el cadáver de Darrow y al malherido Broderick Varley, que no cesaba de gemir. Los hombres chapoteaban en el agua junto a la lancha, que parecía saltar sobre las pequeñas olas coronadas de espuma.

—¿Y ahora? —musitó Joshua Gruson tras unos segundos de silencio—. ¿Qué piensas que conviene hacer ahora con respecto a Herbert Rydleton? Hay que tener en cuenta que no tenemos ninguna prueba concreta y clara contra él.

—Yo tengo la solución, señor.

—¿De veras? Pues será interesante oírla. Adelante, adelante…

CAPÍTULO XIII

Hacia las siete de la mañana, Norval Makely recibía a bordo de la *Mariposa* a la bella pelirroja Margaret Larsen, que llegaba acompañada de dos de los pulcros tripulantes del yate *Liberty*. Todo el embarcadero estaba en calma, silencioso. Solamente un par de lanchas estaban saliendo ya hacia alta mar, ocupadas por entusiasmados pescadores, que se las debían prometer muy felices.

—¿Lo has conseguido, Norval? —sonrió ella.

—Así es. Pude volver, antes, pero me pareció que sería más conveniente terminar este asunto a la luz del día. ¿Has traído los doscientos treinta mil dólares restantes?

—Tal como te prometí… Me alegra ser yo quien termine este trato, Norval.

—Y a mí me encanta verte. Bueno, podéis llevaros los cocos, y dejadme aquí el dinero.

Señaló el saco que había en un lado de la cubierta. Margaret hizo una seña, y los dos hombres fueron al saco lo abrieron y sacaron un par de cocos, mirando a la pelirroja, que asintió con la cabeza. Los dos marinos se dispusieron a cargar con el saco, mientras ella miraba nuevamente al federal.

—Falta el nombre del que dirige este contrabando de cocos, Norval.

—Bueno… Todavía no he visto el dinero, querida.

Margie Larsen aprobó con un gesto. Abrió el portafolios y lo ofreció a la mirada del Gman, que pareció altamente satisfecho al ver los gruesos fajos de billetes bien ordenados.

—Él hombre que os interesa se llama Joshua Gruson —musitó—. Está alojado en el Blue Bird Motel, cabaña dieciséis. Eso está en Eastpoint, en la playa, hacia la parte Este.

Pero tened cuidado, pues tiene con él a tres tipos que son muy peligrosos.

Margaret Larsen miró a los dos marinos.

—Id a llevarle el saco al señor Rydleton al yate. Y decidle lo de ese Joshua Gruson y que está con tres hombres más. Eso es todo… Podéis marcharos.

Los vieron bajar al embarcadero, llevando el saco lleno de cocos. Margaret volvió a mirar entonces al
G-man,
sonriendo dulcemente.

—¿Tienes café?

—Supongo que debe haber abajo. Pero no estás obligada a compartirlo conmigo, querida.

—Norval, eres un antipático. Y un desagradecido.

—¿Desagradecido?

—Evidentemente. ¿Sabes por qué he querido venir yo a traerte el dinero?

—No… Bueno, no sé… Quizá lo sepa, pero me parece demasiado hermoso, Margie. ¿Por qué has querido traerlo tú?

—Porque, de lo contrario, habría venido alguien que te habría matado una vez conseguidos los cocos y el nombre de ese Gruson.

—¿Tú no piensas matarme?

Ella se echó a reír.

—¡Lo que yo pienso es que quizá ha llegado la hora de marcharnos de aquí a toda velocidad! ¿Por qué esperar nada? Tenemos los doscientos cincuenta mil dólares, y…

—¿Tenemos? —sonrió Makely.

Ella lo miró como sobresaltada.

—¿No vas a llevarme contigo? Norval, tú dijiste…

—¿Realmente quieres venir a Miami Beach conmigo?

—Miami Beach está demasiado cerca… Podríamos ir a Acapulco, Río de Janeiro, Buenos Aires… Quizá a Europa, incluso. Son doscientos cincuenta mil dólares, Norval. Y créeme: cuánto antes salgamos de aquí, mejor para los dos. Rydleton no se resignará a perder estos doscientos cincuenta mil dólares… Ni siquiera considerando que el precio es barato por lo que le has proporcionado.

—Tomaremos café antes —musitó el federal—. Luego,

pondremos rumbo a donde tú quieras.

Bajaron a la cabina que servía de saloncito y de dormitorio a la vez. Las cuatro estrechas literas se veían alzadas, y estaba bien claro que no podía haber nadie más a bordo.

—¿Y tus amigos? —preguntó la pelirroja.

—Los dejé en cierto lugar. Ahora deben estar esperándome para que les entregue su parte. También ellos han hecho trabajo, no creas.

—¿Les vas a dar una parte? —Casi rió Margaret.

—Pues… no sé. ¿Tú qué opinas?

—¿Dónde te están esperando?

—En una playa a unas veinticinco millas de aquí, cerca de Carabelle.

—Eso quiere decir que si partimos hacia el Sur no se enterarán… hasta que sea demasiado tarde para que puedan alcanzarnos.

—Es lo que creo yo. Prepararé café. Mientras tanto, si te parece bien, puedes sacar la lancha del embarcadero.

—No… Todavía no. Herbert Rydleton va a enviar a casi todos sus hombres a ese Blue Bird Motel, en busca del tal Joshua Gruson. Es mejor que esperemos a que todos se hayan ido al motel. Así podremos marcharnos con la seguridad de que no podrán seguirnos en el yate.

—Buena idea. Mientras se matan unos a otros, nosotros tomaremos café. Y nos iremos en seguida, cuando no quede en el yate nadie más que Rydleton. El solo no podría seguimos… ¿O sí?

—Seguramente, sí. Pero no se atrevería, estando precisamente solo.

—Magnífico. Haré el café.

Se metió en la cocina. Buscó el café, encendió la cocina de gas, recogió agua en un bote… Cuando miró hacia la cabina, vio a Margaret descalza, y le sonrió burlonamente.

—Ya te vengo diciendo que con esos zapatos de corcho te expones a resbalar y romperte la cabeza… Haces bien en quitártelos. ¿Te gusta muy cargado?

—Más bien sí —sonrió ella, acercándose, con los zapatos en una mano.

—Muy bien.

De nuevo le volvió la espalda el

G-man.
Ella se acercó hasta quedar apoyada con un hombro en el marco de la estrecha puerta. Los bellos ojos femeninos iban tomando una fría expresión de implacable determinación. Los deditos comenzaron a apretar uno de los zapatos playeros, por el centro, muy lentamente, con exquisito cuidado…

El
G-man
se volvió de pronto, y la pelirroja tuvo que hacer un esfuerzo nervioso para no gritar.

—¿Azúcar? —sonrió él.

—Sí… Pero sólo una cucharadita…

—*Okay*.

De nuevo le volvió la espalda el
G-man.
Margaret Larsen apretó por fin el centro del zapato, y el agudo estilete de triple filo apareció bruscamente, al mismo tiempo que ella lanzaba una feroz puñalada hacia los riñones del gigante federal, gritando:

—¡Toma tu dinero, cerdo…!

Asombroso.

Increíble.

Norval Makely se apartó justo a tiempo de evitar la puñalada, mientras se volvía, alzando su mano derecha, rígida como la cuchilla de una guillotina… La puñalada propinada por la pelirroja fue a dar en el bote de café volcándolo. El líquido caliente saltó a su mano, abrasándola… Y, al mismo tiempo, la mano derecha del agente del FBI golpeaba su muñeca, casi suavemente, pero con tal acierto, con tal eficacia que el zapato con la hoja de acero saltó por el aire, dando vueltas… Acto seguido, la mano izquierda de Makely se clavó en la nuca de Margaret Larsen, empujándola rudamente hasta meter su cabeza en la pileta del agua, inmovilizándola allí con toda facilidad. Y, en seguida, el Gman abrió el grifo del agua, dejando caer el chorro sobre la cabeza de la Larsen, que gritaba furiosamente, acogotada sin remisión por los fortísimos músculos del hombre del FBI.

—No grites, querida… Sólo quiero lavarte la cabeza… Quizá no eres pelirroja, sino rubia. La rubia que visitó a Joe Simms

ofreciéndole veinte mil dólares por delatar al competidor de Herbert Rydleton… ¿O no fue eso?

El agua caía sobre la cabeza de la Larsen, y la mano de Makely frotaba fuertemente los cabellos. Pero éstos no se decoloraban mostrando la auténtica supuesta tonalidad rubia de cabellos, sino que permanecían de color rojizo.

—No puedo creerlo… Eres pelirroja de verdad… Me lo había parecido, por el tono de tu piel, pero… Bien, supongo que tendrá que haber una explicación lógica. Sé que a Joe Simms lo apuñaló una rubia, y después de ver lo que contiene tu zapatito, supongo que esa rubia sólo puedes ser tú… Pero eres pelirroja…

La apartó de la pileta y la tiró rudamente al fondo de la cocina. Recogió el zapato de suela de corcho, con el estilete bien visible, y lo examinó rápidamente, congelada la expresión.

—Hoja triangular, querida… Yo estoy convencido de que es la misma arma que mató a Joe Simms. Pero tú no eres rubia, sino pelirroja… ¿Cómo lo explicas?

Se acercó a ella furiosamente, la cogió por la ropa del pecho y la empujó contra el ángulo de dos paredes, como si quisiera hundirla, empotrarla allí.

—¡Te estoy preguntando, querida! Eres una asesina, y quiero que me lo expliques… Estabas dispuesta a matarme a mí, a llevarte los doscientos cincuenta mil dólares, y a reunirte con Rydleton, para continuar con vuestro negocio una vez eliminado vuestro competidor. Todo eso ya me lo esperaba, naturalmente…

Y debiste pensar que quizá mi oído era muy fino, y que podía oír el chasquido del mecanismo que hace aparecer el puñal en la suela de tu zapato… Además, insisto, esperaba algo así, ya que tus zapatos no me gustaban. Ni me gusta tu pelo… ¿Has sido rubia alguna vez?

—Norval… —jadeó ella—. Suéltame… Yo te explicaré…

—Eso espero. ¿Has sido rubia alguna vez? ¿Llevabas una peluca cuando fuiste a ver a Joe Simms a su cabaña de la playa? ¿Es eso?

—Me…, me estás… haciendo daño…

—¿Era eso? ¿Llevabas peluca?

—¡Sí! ¡Sí, llevaba peluca…! ¡Sí!

—¿Y lo mataste tú?

—Norval, quiero decirte…

—¿Lo mataste tú? —Apretó salvajemente el
G-man
el pecho femenino.

—¡Sí, sí, sí…! ¡Yo lo maté! Pero ¡déjame explicarte!

—No hay nada que explicar —la soltó de pronto el
G-man
—. Es decir, tú sí tendrás que explicarlo, en un juicio, querida.

—Norval, todavía podemos marchamos los dos a…

—Estoy bien donde estoy, querida. En general, todos los agentes del FBI estamos contentos con nuestro trabajo.

—¿Tú…, tú eres… eres…?

—Eso es: un agente del FBI.

Margaret Larsen pareció quedar petrificada dos o tres segundos. Y, de pronto, se tiró contra el
G-man,
chillando con una furia terrible, alargando sus manos hacia el zapato playero de cuya suela sobresalía el estilete de tres filos…

Naturalmente, no le sirvió de nada. Sin inmutarse, deteniéndola con la mano izquierda, Markely lanzó el zapato hacia el techo, dejándole clavado allí. Luego, con ambas manos, sujetó a la furiosísima pelirroja, que lanzaba zarpazos, mordiscos, gritos, puntapiés…

De un tremendo bofetón la tiró de nuevo al rincón, chillando como una loca. La recogió al rebote, le hundió el puño izquierdo en el estómago y con la mano derecha le golpeó en la nuca cuando ella se inclinó debido al intensísimo dolor en el estómago… Margaret cayó al piso, de bruces, encogida, desvanecida.

El
G-man
lanzó un resoplido de alivio, y se dedicó a mirar por el ojo de buey de la cocina, hacia el yate *Liberty*. Y apenas había trascurrido un par de minutos cuando vio salir a los tripulantes, todos juntos, muy decididos… Estuvo mirando hasta que ya no pudo verlos. Entonces, cogió a Margaret Larsen por un pie y la arrastró fuera de la cocina, a la cabina-dormitorio-saloncito.

Sacó otra vez la radio de bolsillo de su escondrijo y la accionó.

—¿Señor?

—Adelante, Norval.

—Todo como calculé, señor. Lo que quedaba por saber era quién asesinó a Joe Simms, y eso también está solucionado. A John Regan, los hombres de Rydleton. Morton Barnes mató a Mike Stripling, y éste a Morton Barnes, que, sin duda, quería el coco que contenía la mercancía… En cuanto a Joe Simms, mi teoría era cierta.

—¿Fue la pelirroja?

—Sí, señor. Ha intentado asesinarme a mí, por la espalda, con un puñal que sobresale de la suela de sus zapatos de chorcho.

—¿Estás bien, Norval?

—Sí, señor. Respecto a la trampa, ha funcionado estupendamente. Herbert Rydleton ha enviado a todos sus hombres al Blue Bird Motel para eliminar a su competidor, el tal Joshua Gruson, y los hombres que le acompañaban.

—Entendido, Norval.

—¿No es emocionante, señor?

—¿El qué?

—Ser la pieza que buscan unos cuantos cazadores. Van a llegar buscando al tal Joshua Gruson… Y ése es usted, señor.

—Les haremos un digno recibimiento. ¿Cuántos son?

—Seis en total. Supongo que no necesitan mi ayuda, señor.

—No seas presuntuoso. Eres tú quien está protegido por dos de tus compañeros, ahí, en el embarcadero. En cuanto a los hombres de Herbert Rydleton, los dejaremos llegar. Van a llevarse una sorpresa muy desagradable.

—Espléndido, señor… Que no escape ni uno. Ah, yo voy a dejarles aquí a Margaret Larsen, atada y amordazada como si fuese una salchicha. Y mientras usted y los muchachos detienen a esos lindos marineritos vestidos de blanco, yo acabaré todo este asunto de los cocos de La Habana. ¿Alguna orden especial, señor?

—No. Sabes demasiado.

—Bang, bang —rió Makely—. Hasta luego, señor. Voy a ver si me convidan a comer cocos de La Habana. ¡Son más buenos…!

CAPÍTULO XIV

Finas gotas de sudor resbalaban por el rostro de Herbert Rydleton, mientras se dedicaba a romper, sin pelarlo de su espesa pelambrera fibrosa, el décimo coco de La Habana. Por fin, tras un potente martillazo, el coco se partió, salpicando a todos lados, ante el disgusto de Rydleton, que lo apartó rabiosamente, refunfuñando.

Cogió el undécimo coco, lo agitó junto a una oreja y, fruncido el ceño, lo colocó sobre el gran trozo de madera que tenía un hueco que parecía hecho a la medida de los cocos. Alzó el martillo una vez más, golpeó, golpeó… Los cocos, sean o no de La Habana, son en verdad muy duros, sobre todo cuando no han sido despojados de su peinado a lo *beatnik*. Pero, incluso una dura cabezota de *beatnik* tiene que partirse, tarde o temprano, bajo unos cuantos martillazos.

Y eso mismo ocurrió con el undécimo coco. Se oyó un «¡crash!» muy fuerte, y la corteza se aplastó, se resquebrajó, hundiéndose, junto con las ásperas fibras en la blanca pulpa que soltó un líquido que no era leche de coco.

Herbert Rydleton lanzó un alarido de alegría y tomó en sus manos el envoltorio de plástico, que había estado ocupando todo el interior del coco, a excepción de algunos pequeños huecos que, simplemente, habían contenido agua.

Desenvolvió el plástico, y las hermosas esmeraldas quedaron al descubierto, lanzando su magnífico brillo verde hacia todos lados del salón del yate. Riendo, Rydleton las fue sacando de su envoltorio, y colocándolas en fila ante él, limpiándolas en su ropa…

Esmeraldas purísimas, de gran calidad, perfectas, bellísimas…

—Por lo menos valen quinientos mil dólares… ¿No cree, Rydleton?

Herbert Rydleton lanzó un chillido de sobresalto, volviéndose

hacia la entrada al saloncito del yate.

—¡Makely!

—Norval Makely, en efecto —sonrió el
G-man
—. Un hueso demasiado duro de roer para una pelirroja que a veces usa peluca rubia.

Estaba en la puerta, tranquilamente, con su pistola en la mano derecha y la izquierda metida en el bolsillo del pantalón. Llevaba un cigarrillo en los labios, y toda su actitud era la de quien asiste a una divertida fiesta.

—Usted…, usted ha matado a Margaret…

—No, no, Rydleton. No fue necesario. Con un par de golpes dejé fuera de combate a su experta asesina. La idea de utilizar a una chica para algunas… ejecuciones, si bien es vieja, es buena. Puede engañar a pobres diablos como Joe Simms, pero, por supuesto, la cosa es mucho más difícil tratándose de un agente del FBI.

—¿Del…, del…?

—Del Federal Bureau of Investigation. Supongo que esto le parece una desagradable tontería, Rydleton.

—¿Usted es del FBI? —jadeó Rydleton.

—Tengo esa gran satisfacción. Por cierto, señor Rydleton: debo agradecerle que se haya ido molestando en romper cocos de La Habana, con lo cual nos ha facilitado el trabajo. Supongo que también tiene la remesa de esmeraldas que llegaron en *The Fisher*, lancha a cargo del pobre Joe Simms. Imagino que sus hombres, tras asesinar a John Regan le trajeron los cocos, usted los partió igual que ha hecho con éstos, y encontró las esmeraldas. Esmeraldas… Francamente, estoy sorprendido. A decir verdad, creí que serían drogas. Estupefacientes, ya sabe.

—Makely, tengo un millón de dólares en esmeraldas en el yate. Y el cuarto de millón que Margaret le llevó… Podemos hacer un trato.

—Desconfío de los tratos con usted, Rydleton.

—¡Esta vez será distinto!

—De eso no le quepa la menor duda. Caramba, caramba… De verdad que no salgo de mi asombro: esmeraldas… ¿De dónde proceden?

—De Colombia.

—Oh… Ah, ah… Es cierto… Debí imaginarlo, quizá. Ahora que usted lo menciona, recuerdo que se ha publicado en los periódicos: esmeraldas por valor de dos millones de dólares salen de contrabando cada mes de Colombia. Déjeme adivinar… Esas esmeraldas llegan a Cuba, y desde allá las envían a Estados Unidos. Hasta hace poco, usted era el… exclusivista de este contrabando, y recibía las esmeraldas dentro de grandes peces que sus hombres pescaban en alta mar. Allá, se encontraban con la lancha cubana *Olas Rojas*, recibían las esmeraldas, las metían por la boca en el vientre de los peces… Y luego, una vez en Estados Unidos, las vendían con un buen margen de beneficios. Pero cierto caballero se enteró de esto y, decidió intervenir en el… negocio. Sólo que él quiso más garantías. Las esmeraldas, en lugar de recibirlas en un paquete mejor o peor camuflado, las quería ya en «envases» especiales, muy discretos. Entonces, los muchachos cubanos se dedicaron a recoger cocos… Los ricos cocos de La Habana. Uno de esos cocos era abierto, quizá con un cortafríos, o algo parecido, sin quitarle las «melenas». Metían dentro las esmeraldas, les inyectaban agua para que pareciese que tenían dentro la leche y por tanto que no habían sido abiertos, y los enviaban en la lancha *Olas Rojas* al encuentro de sus clientes norteamericanos… Naturalmente, después de meter las esmeraldas dentro del coco, éste era cerrado de nuevo, con un poderoso pegamento que lo dejaba tan sólido como recién cogido del cocotero. Hay que admitir, Rydleton, que su competidor fue más listo que usted… En muy poco tiempo le habría quitado el mercado, ya que incluso los cubanos relacionados con este contrabando tenían que encontrar más seguro el envío de las esmeraldas dentro de los cocos que en paquetes camuflados que luego serían metidos en los estómagos de algunos peces de buen tamaño. Se me ocurre…

—Makely, está loco.

—¿Loco? ¿Yo loco? ¿Por qué?

—Mis hombres volverán pronto, y…

—No creo que vuelvan demasiado pronto. Han tenido que ir a Eastpoint, ¿recuerda?

—De todos modos, volverán y entonces le…

—No volverán, Rydleton. Quiero que lo entienda: usted y su competidor han dejado de introducir esmeraldas de contrabando en

Estados Unidos. Definitivamente. Lo cual es una lástima.

—¿Es una lástima? ¿Debo entender que quizá usted aceptaría la reanudación de este negocio, Makely…?

—Oh, no… Debe usted entender que lamento que no vengan más cocos de La Habana.

A mí me gustan, la verdad.

—Con un millón de dólares podría comprar todos los cocos que quisiera.

—No hace falta tanto dinero… Los cocos son baratos. Y todavía lo serán más, cuando dentro de catorce días atrapemos en alta mar a los cubanos de la lancha *Olas Rojas*, cuando vengan a ofrecer sus cocos llenos de esmeraldas a cambio de pescado recién atrapado.

—No sea tonto, Makely… Tengo mucho más de un millón de dólares. Escuche, mi competidor va a ser eliminado de un momento a otro…

—En realidad, su competidor ya está eliminado. Digamos que a buen recaudo.

—¿Ya…? Pero mis hombres quizá no hayan llegado todavía a Eastpoint… Todavía no deben haberlo matado…

—Ni lo matarán. Ya le digo que está a buen recaudo. En cuanto a sus hombres, Rydleton, van a caer en una trampa sencilla, ingenua, simpática… y eficacísima por ahora.

—No comprendo…

—Han ido al Blue Bird Motel. Y allá les están esperando una docena de compañeros míos del FBI, al frente de Joshua Gruson, que, ciertamente, no es un contrabandista de esmeraldas, sino el jefe de la Delegación de Tampa. Ya ve: me las ingenié para que usted quedase solo, a mi merced, mientras sus hombres caían como tontos en una trampa. Yo creo que no hay mucho más que hablar, Rydleton.

—Le daré tres millones de dólares.

—Pillaría una indigestión de cocos con tantos dólares para comprarlos. Vuélvase, Rydleton.

—¿Por qué? ¿Qué?

—Voy a atarlo, eso es todo. Y, por favor, no me obligue a ser rudo. La verdad es que se lo agradecería, porque tengo ganas de darle unos cuantos golpes, pero tenemos prohibido tener… satisfacciones personales durante el trabajo. Vuélvase, Rydleton.

Herbert Rydleton se pasó la lengua por los labios. Poco a poco se volvió. El
G-man
sacó su mano izquierda del bolsillo, con un trozo de cuerda de plástico, idéntica a la que había utilizado para atar a Margaret Larsen en la lancha *Mariposa*. Se metió la pistola entre el cinturón y la camisa, y se acercó, lentamente.

—Ponga las manos atrás, señor Rydleton.

El propietario del yate *Liberty* obedeció. El agente del FBI acercó sus manos a las del contrabandista, sosteniendo la cuerda. Rodeó una de las muñecas.

Y sonrió cuando Herbert Rydleton se volvió velozmente hacia él, dando un tirón de sus manos y lanzándolas hacia la garganta del federal. Las manos de Rydleton quedaron crispadas en el cuello del agente especial Norval Makely, que, por un instante, pareció incapaz de reaccionar… Pero cuando Herbert Rydleton se fijó en aquellos grises ojos y prestó atención a la irónica expresión, ya era demasiado tarde para volverse atrás. Comprendió entonces que había seguido el juego al agente del FBI, y que su presión en la garganta del federal era aceptada por éste como una divertida broma. Quiso apretar más sus dedos, pero, al mismo tiempo que tenía la impresión de que estaba apretando el tronco de un roble. Norval Makely le golpeaba, en corto, en pleno estómago… Fue un zambombazo tremendo, casi un cañonazo que dijérase podía partirlo en dos. Desde luego, tuvo que soltar aquel cuello de acero y resignarse a recibir otro zambombazo, ahora en plena boca, que lo tiró de espaldas sobre el montón de cocos partidos a martillazos. Quiso ponerse en pie, partidos dos dientes y los labios, pero una manaza lo mantuvo de bruces sobre los trozos de cocos.

—Le aconsejo que se esté quieto, Rydleton. Muy agradecido por la oportunidad que me ha concedido de romperle unos cuantos dientes, pero no insista. Yo me doy ya por satisfecho. ¿Y usted?

Todavía intentó desasirse Herbert Rydleton, pero un golpe en los riñones lo dejó petrificado, sin aliento… Para cuando recuperó el aliento, ya estaba sólidamente atado de pies y manos. Y cuando recuperó la visión clara de cuanto le rodeaba, lo primero que vio fue al agente del FBI Norval Makely, sentado ante él, comiendo tranquilamente un trozo de coco.

—¿Sabe una cosa, Rydleton? A partir de ahora, cada vez que abra un coco de La Habana tendré la impresión de que voy a encontrar medio millón de dólares en esmeraldas. Esto podría parecerle una tontería a cualquiera, pero yo me pregunto: si hay perlas en las ostras…, ¿por qué no puede haber esmeraldas en los cocos? Sobre todo, si son de La Habana…

ESTE ES EL FINAL

—Hola.

Loretta Haddam se mordió los labios, mientras sus ojos quedaban ansiosamente fijos en los del G-man.

—Hola… Yo…, yo te vi venir por… por…

—Por la ventana de la cocina, ya sé… ¿Me esperabas hoy?

—No… No hoy… Pero sabía… esperaba que… Bueno, ya tenía la esperanza de que… volverías a… a buscarme… Yo estaba convencida de que… Han pasado cinco días, pero yo sabía, deseaba…

De pronto, se abrazó al G-man, que sólo tuvo que inclinarse un poco para poder besar aquellos dulces labios que pedían el beso con desesperación… Y tuvo que ser el G-man quien apartase su boca, refunfuñando con ironía manifiesta:

—Si este beso continúa, no tendremos tiempo para nada más, jovencita. Y yo había pensado…

—Norval, ¿qué pasó? ¿Qué ocurrió con aquellos hombres…?

—Olvídalos. Cuando el FBI suelta su zarpazo, las cosas sólo tienen un final lógico. Todo salió a la perfección, te lo aseguro. Emm… Como te iba diciendo, yo había pensado que podríamos hacer algo mejor que besarnos, Loretta.

—¿Mejor que besarnos? ¿Qué cosa?

—Bueno… Hay gente que se casa, ¿no? —Gruñó el

G-man.

—Casarnos.

—Verás… No es que yo gane demasiado… Algo así como quince mil dólares al año… No es mucho… Bueno, he pensado que podrías vender tus dos lanchas…

Sí, eso es. La vendes, y así tendrías algo de dinero para tus pequeñas cosas. Ya sabes que tener lanchas de alquiler puede ser muy peligroso. Podríamos… Bien, ¿qué contestas?

—Que sí.

—Ah… Bien, bien… Esto… Te garantizo que nos pasaremos la vida contándonos el uno al otro, episodios amorosos. No se pasa mal, de veras… Yo… soy más bien serio, educado, considerado, tengo un empleo formidable… —No sigas— rió Loretta. —¡Tu carnada es irresistible, querido!

Volvió a abrazarse a él, para besarlo como si temiera que el mundo pudiera terminar a cada segundo que transcurría. Pero finalmente, se apartó, y se quedó mirándolo con dulce reproche.

—Norval… ¿No quieres abrazarme?

—Es que… es que no puedo, lo siento… —¿No puedes? ¿Por qué?

—Tengo en las manos un regalo para ti.

Loretta se apartó unas pulgadas y comprobó que, en efecto, el agente del FBI mantenía las manos a la espalda.

—¡No me digas que son flores!

—No, no… Ya sé que tienes muchas flores aquí. Verás, mi regalo no es muy romántico, pero…

—¡Quiero verlo! —Es que…

—¡Quiero verlo!

—Bien…

Norval Makely mostró lo que tenía en las manos, hasta entonces ocultas a la espalda.

Loretta se quedó atónita.

—Un coco… ¡Me regalas un coco!

—Es un hermoso coco.

—Pero… ¡un coco!

—Esto… Hay cocos que tienen dentro medio millón de dólares en esmeraldas… No es que yo diga que aquí dentro hay medio millón de dólares, en esmeraldas, pero… Vaya, demonios, veo que

no comprendes nada de nada…

Cogió el coco con las dos manos, se acuclilló y lo estrechó fuertemente contra el suelo. La gruesa corteza se resquebrajó al primer golpe. Al segundo, se abrió completamente…, y Loretta vio el pequeño envoltorio de plástico que había estado dentro del coco. Lo cogió rápidamente, lo desenvolvió y se quedó mirando, ahora del todo turulata, la preciosa sortija que había dentro y sostenía en las manos. Luego se la colocó en el dedo, y miró al federal con ojos muy brillantes, todavía ambos acuclillados.

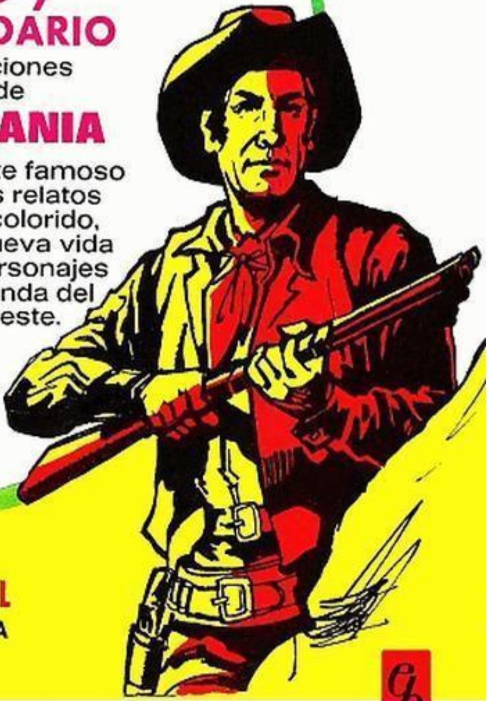
—Oh, Norval —dijo, muy elocuente.

—Espero que te guste…

—¡Es un coco maravilloso!

—Claro… No olvidemos que es de La Habana…

FIN





Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…